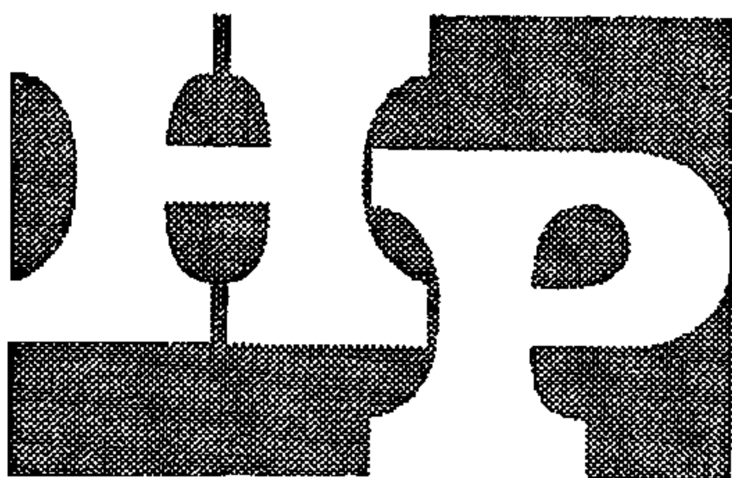


Silver Kane

LA LOBA DEL RANCHO





Héroes de la PRADERA

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
1.251. — Asalto al Diablo Bank.

En Colección SERVICIO SECRETO:
1.113. — El hombre de Cocody.

En Colección SALVAJE TEXAS:
738. — Infierno: capital Dodge City.

En Colección KANSAS:
666. — Un buitre llamado Cox.

En Colección BÚFALO:
944. — El señor «Colt».

En Colección ASES DEL OESTE:
502.— Ni más ni menos que un hombre.

En Colección BRAVO OESTE:
515. — La casa del eterno olvido.

En Colección COLORADO:
637. — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:
751. —Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:
503.—Manchas de sangre en el cielo.

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:
101 — El perro aullador.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:
49. — El hombre que vendía muertos.



Silver Kane

LA LOBA DEL RANCHO

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 103
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 40.632 -1971

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: diciembre, 1971

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Aquel hombre había llegado por la mañana a Casper, casi en el centro de Wyoming, a orillas del río Platte.

Era un tipo de unos veintisiete años, alto y fuerte, pero con las facciones finas y distinguidas. Parecía uno de esos hombres que no viven en la pradera sino en la ciudad, y que son más amigos de apretar el gatillo que de manejar una manada de reses.

Llevaba el revólver algo bajo, sujeta la funda al muslo por una tirilla, y cualquiera hubiera pensado al verle que era un pistolero profesional, un pistolero fino.

El mismo *sheriff* de la ciudad de Casper, que montaba su guardia ante la oficina, abrió bastante los ojos al ver a aquel hombre descabalgar frente al Banco y dirigirse en línea recta hacia la puerta.

El de la estrella hizo una seña a su ayudante, que pulía un bastón con una navaja dos yardas más allá, mientras de reojo miraba a una chica. Tan de reojo la miraba, que estuvo a punto de mondarse el dedo en lugar del bastón, y todo porque la chica se estaba ajustando la falda.

—¡Eh, Tim…!

—Diga, *sheriff*.

—¿Has visto entrar a ese tipo?

—¿Qué tipo, *sheriff*?

—No, si ya me imagino que tú no hubieras visto entrar ni al cadáver del presidente Lincoln. Bonitos tobillos tiene la chica, ¿eh? Y se le ven al ajustarse la falda. Pero déjate de tonterías y ven conmigo. Prepara el revólver.

—¿Es que pasa algo?

—Puede que alguien intente atracar el Banco, pero es un

hombre solo. Vamos allá. Con la mano suavemente puesta sobre la culata del revólver, el *sheriff* y su ayudante entraron en las oficinas del Banco. Eran rápidos y estaban dispuestos a disparar si observaban en aquel hombre la menor maniobra sospechosa.

El recién venido estaba de espaldas, inclinado ante una de las ventanillas, cuyo empleado le miraba recelosamente.

—Diga, señor…

—Voy a sacar dinero.

—¿Mucho?

—Mucho. Todo el que tengan aquí.

El empleado entornó los ojos.

—Mire, amigo…, usted es Cat Bill, sin duda. Ha atracado otros Bancos en solitario antes de llegar aquí. Pero no haga tonterías esta vez. Tiene al *sheriff* a la espalda.

El recién venido arqueó una ceja, con aire de perfecta inocencia, y luego se volvió lentamente, cuidando de no rozar ni por un momento la funda.

—Suelte la artillería, amigo —dijo el *sheriff*—. No quisiera tener que matarlo aquí mismo. Hágalo, será mejor para usted.

—¿Y no piensa que pueden estar confundidos?

—¿Confundidos? Vamos, las apariencias cantan, amigo.

Por la pinta se ve que es usted un pistolero. Y además se parece al famoso Cat Bill como una gota de agua a otra.

El recién venido sonrió secamente.

—Quiero ver al director —dijo.

—¿Al director? ¿De dónde?

—De este Banco.

—¿Y para qué? —preguntó burlonamente el *sheriff*—. ¿Para qué le pague la comida mientras esté usted en la cárcel?

—Quiero verle porque me ha de atender él personalmente. Yo soy su colega. Me llamo Robinson. Soy el banquero James Robinson.

Una botella de nitro estallando a los pies del *sheriff* no le hubiera dejado más muerto que aquellas palabras.

Su ayudante susurró:

—¿Lo ve, jefe? Más nos valiera haber estado mirando las pantorrillas de la chica…

—¿Quién dice que es? ¿El banquero Robinson? ¿Cómo puede

demostrarlo?

—Vengo a casarme con la señorita Sally Key.

—Sí, ya sabemos… La señorita Key tiene que casarse con el banquero Robinson, al cual estaba esperando. Pero yo continúo queriendo saber cómo puede demostrarme su identidad.

—Traigo una carta de presentación y de crédito.

—A verla.

El hombre la extrajo con dos dedos de uno de los bolsillos interiores de su levita, mientras los otros casi desenfundaban los revólveres, y la arrojó a los pies del *sheriff*.

Éste la desdobló lentamente, enterándose de su contenido.

—La carta es auténtica… —dijo al fin en voz alta—. Conozco la firma del banquero Turgues, que le recomienda…, ¡y que le avala por cerca de un cuarto de millón de dólares! Pero al que no conozco es a usted.

—Llamen al director.

El director apareció en aquel momento por una puertecilla lateral, atraído por las voces. Era un individuo bajito, calvo, que usaba gafas con unos cristales de media pulga da de grueso. Tuvo que palpar casi los objetos para saber dónde estaba.

—¿Qué ocurre? —balbució.

—Señor Burton…

—Yo soy —dijo el director, mirando al recién venido—. Diga.

—¿No me reconoce?

El otro parpadeó, vaciló durante unos segundos y, al fin, levantó los brazos alegremente.

—¡Pero si es mi colega el estimado James Robinson! ¿Qué le trae por aquí, amigo? ¡Hacía al menos tres años que no nos veíamos, desde que nos encontramos en San Luis!

El *sheriff*, que tenía el revólver a medio sacar, lo dejó caer sordamente al fondo de la funda.

—¡Atiza! ¡Pues es verdad!

Su ayudante se le acercó.

—Ya decía yo, jefe, que donde haya unas buenas pantorrillas…

—¡Cállate!

Los dos banqueros, entretanto, se habían estrechado las manos calurosamente.

—He venido para casarme —dijo James—. Supongo que ya

conoce la noticia.

—Ah, sí… Su matrimonio con la señorita Sally Key.

En todo Wyoming no se ha hablado de otra cosa.

—Vamos a celebrar la ceremonia dentro de muy pocos días, los indispensables para conocernos y tratarnos un poco. Pero, claro está, una boda de ese estilo trae muchos gastos.

—Muchos, señor Robinson. Dígamelo a mí, que no me he casado precisamente por eso.

—Traigo uña carta de crédito por un cuarto de millón de dólares.

—¿Un cuarto de millón? Diablos, es todo lo que tenemos aquí. Claro que desde el Banco de Cheyenne nos enviarán enseguida fondos con la diligencia, apenas negociemos la carta de crédito de usted. ¿Me la enseña?

—Claro que sí. Tome.

El banquero tuvo que metérsela casi en los ojos para leerla.

—Está bien —dijo al fin—. ¿Pero le importará que le pague en dos plazos para no dejar el Banco vacío?

—No hay inconveniente.

—Entonces firmará un recibo y concluiremos la operación. ¿Qué son esas dos sombras que hay junto a la puerta?

—Son el *sheriff* y su ayudante, señor director —dijo el cajero, tragando saliva—. Están aquí por si había algún peligro.

—¡Pero qué peligro ni qué niño muerto! ¿Es que dos banqueros no van a poder estar tranquilos? Vamos, que se larguen, que se larguen… Todos esos pistoleros me molestan…

El *sheriff* y su ayudante se largaron mohínos y con el rabo entre las piernas.

Mientras atravesaban la puerta, aún se oyó al ayudante decir:

—Con tal de que aquella chica no haya terminado de ajustarse la falda…

Burton, el director, dijo a James:

—¿No se quedará a comer conmigo, estimado colega?

Para mí sería un honor tenerle como huésped.

—Se lo agradezco, pero me están esperando en Rancho Key. Ya sabe. Mi prometida…

—Confidencialmente, usted no debe ignorar que el señor Key, su futuro suegro, está en una situación económica bastante crítica…

—No, no lo ignoro.

—Sospecho, y perdone, que esa señorita se casa con usted teniendo en cuenta principalmente que es un hombre rico y que puede ayudarles a salvarse de la bancarrota.

—También es cierto —dijo calmosamente James—. Por eso Sally aceptó relaciones conmigo sin conocerme.

—¿Y usted la conoce a ella?

—Sí.

—Pues yo tenía la sensación de que no se habían visto nunca.

—Tiene razón sólo en parte. Ella no me ha visto nunca a mí, pero yo sí que la vi en una función de ópera, en Filadelfia. Ya sabe que el señor Key y su hija hicieron un largo viaje por el Este dos años atrás. En Filadelfia asistieron a una sesión de ópera y alquilaron el mejor palco del teatro.

Yo estaba en el patio de butacas y la vi. Confieso que no me enteré absolutamente para nada de la obra. Nunca he visto una mujer tan bonita, tan distinguida y tan resplandeciente como aquélla.

Hizo una leve pausa y añadió:

—Fue entonces cuando me juré que un día Sally Key sería mi esposa.

—Y va a serlo…

—Eso espero, señor Burton. ¿Está el recibo?

El cajero lo traía ya, extendido en una magnífica caligrafía.

—Aquí tiene, señor. Puede firmar. El dinero se lo he preparado en billetes y está en esta cartera. Si quiere contarlo…

—No es necesario, gracias.

James firmó.

—Ha hecho bien en no traer una suma tan elevada durante el viaje, señor Robinson —dijo el cajero untuosamente—. Dios sabe que todo esto está plagado de pistoleros. El propio Cat Bill…

—Sí, ya lo he oído nombrar. Pero yo no tengo miedo a nadie. Llevo mi propio revólver, ¿sabe? Lo único que ocurre es que un banquero no debe viajar con fondos. Tiene crédito en todas partes…

—Naturalmente, señor Robinson.

James tomó la abultada cartera, la colgó de la silla de su caballo saliendo al exterior, y se dispuso a montar. El director del Banco y el cajero salieron a despedirle.

—Esperamos que venga a vernos con frecuencia, señor Robinson, ahora que va a ser vecino nuestro.

—Por supuesto que sí. ¿Cuándo podré cobrar los otros ciento veinticinco mil dólares?

—Dentro de tres días, en cuanto llegue con fondos la diligencia de Cheyenne.

—De acuerdo: gracias. ¿Por dónde se va a Rancho Key?

—Siga la calle Principal. A unas dos millas, a la derecha, hay una indicación. Distinguirá enseguida él rancho por el magnífico arbolado que tiene. Ah, pero debe acordarse de una cosa.

—¿De cuál?

—Sally Key posee un magnífico césped ante la casa, una zona de jardín donde a nadie deja entrar a caballo. Antes de llegar allí verá una cuadra; llame y deje su montura allí, para seguir luego a pie. Sally se enfadarían si no lo hiciera.

—Gracias, lo tendré en cuenta; y ahora, buenos días.

El hombre partió al galope.

El cajero susurró:

—Pues monta bien, infiernos. Para ser millonario monta como un auténtico hombre de la pradera.

El director entornó los párpados.

—¡Ah! ¿Pero se ha marchado ya?

—A veces me dan tentaciones de llevarme el Banco con muebles y todo sin que usted se entere.

Los dos hombres penetraron en el local, mientras, a lo lejos, el jinete se perdía entre una nubecilla de polvo.

CAPÍTULO II

James llegó a la vista del rancho casi una hora después, porque su caballo estaba cansado y no quería forzarlo.

Desde bastante trecho antes se había dado cuenta de que la tierra era rica, pero no estaba bien cuidada. Había extensas zonas de árboles frutales plantadas a medias, vallas colocadas descuidadamente, pastizales inmensos donde pastaba un ganado muy escaso, y edificios mal pintados, a los que había causado grandes daños el viento de la llanura, sin que nadie se hubiera preocupado de las reparaciones.

Los edificios principales del rancho Key, en cambio, eran soberbios y denotaban buen gusto y una pasada grandeza. Pero James sabía bien que un rancho no es más próspero porque tenga unos edificios muy hermosos, sino porque sus tierras estén bien cultivadas y porque sus pastizales se aprovechen debidamente.

Antes de llegar, vio el jardín de que le habían hablado en la ciudad. Era magnífico y debía requerir los cuidados de varios hombres. Aquel jardín estaba atravesado por varias sendas muy estrechitas por las que sólo se podía ir a pie, no a caballo. Vio también la cuadra, un edificio muy sólido, construido con troncos, donde debían caber al menos veinte o veinticinco animales.

Se detuvo ante ella. No había nadie.

—¡Cuadra! —llamó.

No acudió nadie, Volvió a gritar:

—¡Cuadra!

Fue en aquel momento cuando una voz dijo a su espalda:

—Permítame, señor. Yo me cuidaré de su caballo.

James volvió la cabeza, sorprendido.

Porque lo que acababa de oír era una voz de mujer.

La mujer era joven, muy joven. No debía tener más allá de los diecinueve años.

Iba vestida con una cazadora de ante bastante rota, falda azul corta, botas de media caña y camisa negra. Sus ropas estaban salpicadas de briznas de paja, lo cual indicaba que dormía con los caballos, pero ningún hombre se hubiera fijado en un detalle así.

Un hombre —y James lo era—, se hubiera fijado en los hermosos ojos negros, en los labios rojos y túrgidos, en los poderosos senos, en la redonda cadera y en las hermosas piernas que se distinguían entre el final de las botas y el borde de la falda.

Era una de las mujeres más hermosas, más completas y tentadoras que había visto en su vida.

Pero, aparte ello, era fácil adivinar que la muchacha vivía mal. No sólo por lo desastroso de sus ropas, sino por lo que hizo a continuación.

Puso ambas manos unidas, formando cazoleta, bajo uno de los pies del hombre.

—¿Pero qué hace?

—Le ayudo a bajar, señor.

—¿Y yo… voy a poner mi bota en tus manos?

—Estoy aquí para eso, señor.

—¿Es que otros hombres lo hacen?

—Todos los que vienen al rancho.

—No lo entiendo. ¿Dónde está el encargado de la cuadra, muchacha?

—Soy yo, señor.

—¿Tú…?

—Desde luego.

La muchacha seguía teniendo las manos puestas en forma de cazoleta. E insistió:

—Permítame, señor.

—Gracias; de ningún modo.

James saltó ágilmente del caballo por el lado opuesto a aquél en que se encontraba la muchacha.

—¿Desde cuándo eres la encargada de la cuadra? —preguntó.

—Desde hace un año, señor. Pero van a reñirme por no haberle atendido como debiera.

—De eso me encargo yo. ¿Quién te nombró para éste puesto?

—El señor Key.

—¿Y los hombres? ¿Es que no hay hombres aquí?

—Los hay, desde luego, paro éste es el puesto donde me puedo ganar el pan con menos peligro.

—¿Y debes limpiar la cuadra tú?

—Claro, señor.

James no salía de su asombro. Descolgó lentamente de la silla la cartera con los billetes.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó al cabo de unos instantes—. Tú podrías ganarte la vida en la ciudad.

—Allí correría más peligros.

—¿Por los hombres? También hay hombres aquí, y supongo que tienen los mismos instintos.

Ella bajó los ojos un momento.

—No debo hablar de esto con usted, señor. Usted es el prometido de la señorita Sally.

—Eso no importa. Te he hecho una pregunta; por favor, contéstame.

—Los hombres de aquí no se me acercan. El señor Key lo tiene prohibido. Yo tampoco puedo acercarme a ellos.

—Comprendo. Tal vez sea mejor así. Bueno… No tengo costumbre de confiar mi caballo a mujeres, pero en este caso…

—Descuide, lo atenderé bien. Se nota enseguida que es de excelente raza. ¿Tiene sangre árabe?

—Sí. Veo que entiendes.

—Me crié entre caballos. Y he aprendido a saber que ellos son más fieles que las personas.

James le entregó las riendas.

—Muy bien. Toma. NO le des bebida ni grano hasta dentro de una hora, hasta que haya descansado un poco. Lo necesitaré seguramente antes de la noche. ¿Tú siempre estás aquí?

—Siempre, señor.

—¿Cómo te llamas?

Ella dijo, sencillamente:

—La loba del rancho.

—¿Cómo…?

—No puede equivocarse, señor. La loba del rancho.

—No lo entiendo. ¿Por qué te llaman así?

—Tal vez porque vivo… como un animal más.

—¿Sólo por eso?

—También por mi padre, tal vez.

—¿Quién es tu padre?

La muchacha dijo suavemente:

—Frank Cody.

—¿Frank Cody? ¿El conocido cuatrero? ¿Pero no…?

—Sí; ya sé lo que va a decirme. Está detenido. Lo tienen en una celda en la ciudad.

James la miró fijamente a los ojos, mientras la muchacha, sin alterar el tono de su voz, añadía:

—Lo tienen detenido en la ciudad hace ya tres meses, pero van a ahorcarlo dentro de una semana.

Tomó el caballo de las riendas y se dirigió hacia la cuadra, dejando sin respiración a James.

Éste oyó entonces unos pasos que se acercaban por el sendero.

Quedó sin respiración.

Era ya la segunda vez que le ocurría aquella mañana, y las dos veces por la misma razón. Por una mujer. James se preguntó si es que allí las mujeres eran más guapas o es que él tenía esa mañana los ojos teñidos de color de rosa.

Dijo en un soplo de voz:

—Buenos días…

La mujer que se acercaba tendría unos veintidós años.

Era, sin duda, la heredera de Rancho Key, porque aquellas joyas y aquellas ropas sólo podía usarlas una mujer de elevada posición. Sin embargo, no fue en eso en lo que se fijó James.

Se fijó en su cuerpo.

Aquellas caderas redondas y poderosas, aquel seno pujante, aquella forma diabólica de las piernas que se adivinaba bajo la estrecha falda de montar. Eso era lo que verdaderamente llamaba la atención en ella, no los vestidos lujosos ni las joyas caras. Era una mujer hecha para el amor, y al mismo tiempo también para la distinción y la elegancia. Junto a La loba del rancho el contraste era brutal, pese a ser las dos diabólicamente hermosas.

Ella contestó suavemente:

—Buenos días.

Estaba ya casi junto a él. James la miró de arriba abajo, sin

poder disimular lo que estaba pensando: Que ella era una mujer como para ponerse a disparar cañonazos.

—¿Es usted Sally Key?

—Sí. ¿Y usted? —¿No lo imaginas?

Ella separó los labios en una sonrisa.

—No puede ser más que…

James Robinson, claro.

—¡Oh, querido! Debes… Debes perdonar… ¡No sabía que ibas a llegar tan pronto! ¡Hubiera ido a recibirte!

Se echó en sus brazos. Pero, a pesar de lo espontáneo de aquel gesto, lo hizo con distinción, con elegancia, y dando la sensación de que no por eso dejaba de ser una auténtica señorita. James susurró:

—Es el mejor recibimiento que me hacen en muchos a…

No terminó la frase, porque ella le rozó con sus labios.

El hombre quedó sin respiración.

—Hubiera ido a recibirte —continuó ella—. Es terrible que hayas tenido que llegar como un desconocido…

—No tiene importancia, querida. He hecho el viaje solo y a caballo, y por eso no tenía hora fija de llegada.

—De todos modos, en el rancho todo el mundo sabía que ibas a llegar. Afortunadamente, tienes tu habitación preparada. Puedes tomar posesión del rancho cuando te plazca. ¡Ah! Y desde luego, te presentaré a papá.

James susurró:

—Claro…

Ella elevó otra vez el rostro, en un gesto lleno de suavidad y elegancia, y con la mayor naturalidad le ofreció los labios de nuevo. Era admirable la facilidad que tenía aquella muchacha para lograr que las cosas más comprometidas parecieran no tener importancia. James rozó sus labios otra vez, no atreviéndose a más por el momento.

Mientras la estaba besando, oyeron junto a ellos una voz:

—Su caballo está listo, señora.

Los dos se volvieron a la vez. La loba del rancho estaba allí, quieta, sosteniendo de la brida un hermoso corcel blanco. Les miraba, pero su pensamiento parecía estar en otra parte. Era como una prolongación del caballo del cual cuidaba, y diríase que ella sabía que no tenía derecho a inmiscuirse en lo que hacían otras

personas. Que ella sabía que tenía poca importancia como un animal o un mueble, y por eso ni siquiera los había mirado mientras se estaban besando.

James tuvo una extraña sensación.

Se apartó de Sally Key.

—¿Por qué has traído mi caballo? —preguntó ésta.

—He visto a la señora salir con su traje de montar, y he pensado que quería dar el paseo de todas las mañanas.

—Hoy no pienso darlo. Retírate.

—Sí, señora.

Dio media vuelta y, sin mirarles más, se alejó. El caballo la obedecía como un perrillo a su amo.

—¿Quién es? —preguntó James, como si no lo supiera.

—La hija de Frank Cody.

—¿Frank Cody? ¿El cuatrero?

—Sí.

—He oído decir que lo ahorcan la semana próxima.

—Es cierto.

—¿Y cómo la tenéis a ella aquí?

—Es que nació en el rancho.

James apretó los labios un momento e hizo un gesto, como si no comprendiera, ante la suave sonrisa de Sally.

—¿Nació aquí? —susurró.

—Sí. Su padre era uno de los vaqueros antes de dedicarse a robar caballos y convertirse en uno de los cuatreros más famosos de toda esta comarca. Por eso, mi padre no la ha despedido, ya que, además, correría graves peligros fuera del rancho. No puede negarse que resulta bonita, y ésta es una tierra donde los hombres… Bueno tú los conoces.

Aquí no hay demasiada protección para una mujer sola.

Por eso sigue entre nosotros.

—¿Y por qué en ese puesto? ¿No estaría mejor como una de tus doncellas?

Ahora la sonrisa de Sally casi se convirtió en una carcajada argentina.

—Ha vivido entre caballos siempre, y no sabe hacer otra cosa. Puedes estar seguro que como doncella resultaría un desastre, querido. En cambio, los caballos la obedecen ciegamente. No

podríamos soñar en encontrar a nadie mejor.

Hizo un delicioso mohín y añadió:

—¿Pero por qué hablamos de eso, querido? ¿No es más importante tu llegada al rancho? Ven, supongo que querrás conocerlo todo… Además, he de presentarte a papá.

Caminaron hacia los opulentos edificios que había más allá de la zona de cuidado césped. Ella se colgó de su brazo.

James pensó que nunca había visto un rancho más hermoso ni una mujer tan morrocotuda.

Pero se lo calló.

El ranchero Key resultó ser un hombre grueso, casi calvo, que fumaba unos habanos impresionantes y estaba suscrito a un par de periódicos de Nueva York que recibía con diez días de retraso. Leerlos y releerlos era su única ocupación. Aparte de eso, recortaba cuidadosamente los dibujos cuando éstos representaban a una chica en traje de baño. Así no era extraño que los asuntos del rancho marcharan rematadamente mal.

Estrechó calurosamente la mano de James.

—Es un placer conocerle, muchacho. Yo traté a su padre en Boston hace algunos años. ¡Un auténtico caballero, sí, señor! Por cierto, ¿no va a venir para la boda?

—Vendrá, desde luego, pero dentro de unos diez días aproximadamente. Ése es el tiempo, creo yo, que Sally necesita para conocerme un poco.

—¡Claro que sí, joven, claro que sí! ¡Uno no puede casarse con cualquiera, como me ocurrió a mí, que no había visto a mi mujer hasta que me la dejaron en la alcoba! Lo menos que necesitan son diez días para conocerse. Es usted un tío con toda la barba, ¡caramba!

—¿Por qué dice eso?

—Porque usted había visto a Sally, una sola vez, en Filadelfia, y se propuso hacerla su mujer. ¡Lo ha conseguido!

¡Vaya si lo ha conseguido! Si para todas las cosas pone el mismo empeño, no creo que le falle nada, muchacho.

—En esto, señor Key, he puesto un empeño especial.

—¡Y no era para menos, muchacho! La gente dice que Sally es la chica más bonita de la comarca, tan bonita que no parece hija mía. Pero bueno…, ¿querrá ver su habitación, no? Vamos, Sally,

acompáñale y atiéndele como se merece. Aquí hay muchos criados a nuestro servicio, joven.

Se sentirá cómodo…

Era verdad.

Daba la sensación de que no se vivía en un rancho, sino en una quinta de recreo. Había allí muy pocos vaqueros y demasiadas doncellas y mayordomos. La habitación de James era espléndida y tenía una hermosa vista sobre el prado, a cuyo fondo estaban las cuadras.

James se fijó en ese detalle especialmente, aunque no supo bien por qué.

Y aquella noche, después de pasar todo el día con los Key y visitar detenidamente el rancho, cuando todos se retiraron para descansar, él permaneció quieto en su habitación, junto a la ventana, fumando un cigarrillo y mirando insistentemente hacia las cuadras.

Tampoco sabía por qué.

Veía brillar una lucecita en la única y gran ventana. ¿Se habría ella desnudado ya? ¿Estaría acostada en la paja, junto a los caballos, como un animal más? ¿Por qué?

De pronto tuvo un sobresalto, mientras miraba hacia la puerta de la cuadra.

Porque había visto a la Loba del rancho salir de ella, montando un hermoso caballo negro.

Capítulo III

James nunca sabría decir exactamente por qué había hecho aquello. No podía explicarse qué misterioso impulso, salido del fondo de sí mismo, le había impulsado a actuar.

Ella montaba el caballo con la agilidad de quien ha pasado entre ellos toda su vida. Y, además, lo hacía avanzar silenciosamente, tan silenciosamente que James se dijo que debía haber envuelto con trapos los cascos del corcel, para que no hiciese ruido.

Conclusión: La muchacha quería salir del rancho sin que nadie lo notara.

¿Pero adónde iba? ¿Qué era lo que pretendía hacer?

James no se entretuvo en pensarlo.

Abrió la ventana, que estaba situada en el primer piso del edificio, y saltó ágilmente sobre el césped. Éste amortiguó su caída, de modo que apenas produjo un leve rumor.

Como en el rancho todos debían estar descansando, nadie pareció darse cuenta de nada.

Luego corrió hacia la cuadra.

La luna estaba en cuarto menguante y por eso alumbraba muy poco la zona de césped. James procuró, además ocultarse bajo los árboles para llegar más inadvertido hasta la cuadra. Una vez en ella, vio que nadie quedaba allí.

Los animales dormían pacíficamente con las cabezas apoyadas en el pesebre. Algunos lo ventearon y despertaron bruscamente, clavando en él unos ojos que parecían casi humanos.

James eligió el que le pareció más rápido. No tomó el suyo porque aún debía estar cansado después del largo viaje. Como no tenía tiempo de ensillarlo, le puso simplemente el bocado y las riendas y lo montó a pelo, saliendo de la cuadra al paso, para no

levantar ruido.

Nadie pareció verle.

James había observado la dirección que llevaba la muchacha, y comprendió que era el camino a la ciudad de Casper. Por tanto, siguió en la misma dirección, y una vez estuvo en campo libre pudo ver con cierta claridad las huellas.

La muchacha seguía hacia la ciudad, ya no había duda.

¿Pero a qué iba allí? ¿A ver a su padre? Aquéllas no eran horas de visita en la cárcel local. Entonces, ¿qué podía buscar la muchacha?

James se dijo que aquello a él no le importaba nada. Sin embargo, siguió galopando.

Debían estar a unas dos millas de la ciudad cuando la vio.

Su corcel iba más aprisa que el de la Loba del rancho, y le había ganado la suficiente distancia para distinguirla.

De todos modos, él no se acercó demasiado para que no se oyera el ruido de los cascos.

A lo lejos se distinguían ya las luces de Casper.

Y de pronto, la chica desapareció.

James entrecerró los ojos, mirando en torno suyo y pensando si se la habría tragado la tierra. Pero no podía ser eso. Debía haber entrado por fuerza en alguna parte.

James desmontó del caballo, lo ató con las riendas a un árbol contiguo al camino y avanzó a pie, con todos los sentidos en tensión.

De pronto vio el edificio, oculto tras una masa de vegetación. Era un edificio cuadrado y feo, con las ventanas hechas cisco, y que, sin duda debió servir de almacén en otro tiempo. Estaba completamente a oscuras.

James avanzó silenciosamente.

Tenía que ser allí. La muchacha no podía haber entrado en otro sitio. Y, en efecto, vio al caballo negro venteando nerviosamente el aire, atado a una estaca. Pero no estaba solo, puesto que junto a él había otro caballo también negro, cubierto con una magnífica silla.

James masculló para sí:

—¡Vaya…! De modo que era una cita…

Siempre sin saber por qué, como si un oscuro instinto le guiase, James se acercó a la puerta. De dentro surgía un perfume muy

intenso y muy agradable a paja fresca. No se oía un susurro. Hasta que de pronto llegó aquella voz de hombre:

—Estás maravillosa, Hada…

De modo que se llamaba Hada… Buen nombre para una chica a la que llamaban la Loba del rancho. Pero James se dijo interiormente que el nombre de Hada le cuadraba muchísimo mejor.

Le repugnó su actitud, puesto que no quería estar espiando, y fue a dar media vuelta para alejarse. Pero en aquel momento volvió a sonar la voz:

—Ven aquí, Hada…

Y fue entonces cuando James percibió el intenso chasquido de un beso y el sordo impacto de dos cuerpos al caer sobre la paja.

Tragó saliva.

Se dijo, como ya se había dicho cien veces desde que saltó por la ventana, que aquello no era asunto suyo. Que lo que le ocurriese a Hada, o La loba del rancho, como quisieran llamarla, no le importaba a él en absoluto. Allá ella con sus citas nocturnas, si es que le gustaba tenerlas.

Sin embargo, había en todo aquello algo que no parecía normal, que le daba un carácter distinto al de la cita vulgar de una muchacha alocada. Más bien daba la sensación de que ella había ido allí a la fuerza y de que en aquella entrevista se jugaba mucho.

De todos modos, James fue a alejarse de allí. Que se largase Hada al infierno. Lo que hiciese su novio con ella no era asunto suyo, mientras a ella le pareciese bien.

Pero a ningún hombre gusta que una chica bonita esté en brazos de otro. Es algo instintivo, y James lo sintió como lo hubiera sentido cualquier hombre. Por eso se alejó como a regañadientes y con demasiada lentitud.

Oyó la voz de Hada:

—Ted, esto no es lo que habíamos convenido…

—Calla, tonta.

—No lo hagas…

—¿Es que vamos a portarnos como unos mocosos? ¿No somos un hombre y una mujer?

—Sí, pero eso no significa que…

La muchacha no pudo decir más. Sin duda el hombre acababa de

hacerla callar.

Y seguro que la hacía callar con un beso.

James sintió como si una fuerza extraña tirara de él.

Como si no fuese él mismo quien tomaba aquella decisión.

Pero de pronto se vio caminando hacia el edificio, mientras su mano derecha acariciaba con inmensa suavidad la culata del revólver.

Su alta figura se recortó en la puerta.

A la débil luz que penetraba por la única ventana, los vio a los dos. Estaban sobre un montón inmenso de paja, y la situación era la que tantas veces se repite en todos los lugares del mundo. Ella, tímidamente, pugnaba por desasirse, Él, con gestos entre suaves y violentos, intentaba que no se le escapase por ninguna parte.

La chica respiraba aguadamente y tenía las piernas casi por entero al descubierto. Valían la pena, valían muchísimo la pena.

Palabra.

Pero James no debió haber mirado a la chica. Debió haber mirado al tipo que estaba con ella. Porque cuando éste se levantó, lo hizo empuñando ya su «Colt» en la mano derecha.

—¿Qué quieres tú? —Gruñó.

Hada se levantó de un salto.

—¡Señor Robinson!

A pesar de la debilísima luz que penetraba en el interior, se adivinaba que estaba pálida como una muerta.

—¿Le conoces? —preguntó bruscamente el hombre, mirándola.

—Es el señor James Robinson, prometido de la señorita Sally.

—¿Y qué hace aquí?

—Pues…, no… no sé…

James respondió por ella:

—Daba un paseo casualmente y la he visto entrar. Me ha extrañado que tuviese una cita a estas horas.

El hombre preguntó con voz silbante:

—¿Y por eso te has detenido?

—Sí, por eso.

—¡Pues lárgate!

Era un hombre de unos treinta años. Iba vestido como un vaquero, pero con ropas de calidad. La funda, que llevaba muy baja, descansaba sobre su muslo izquierdo. El fulano era zurdo.

—No voy a largarme, amigo —dijo James con una calma glacial —. La chica corre peligro.

—¡Eso no te importa!

—Le importaría a cualquier hombre.

—¡Ella ha venido aquí por su propia voluntad!

—No estoy tan seguro de eso. Pero es un detalle que no importa. Tú no eres su marido, y lo que iba a suceder aquí no me gusta. De modo que déjala en paz de una vez.

—¡Repito que te largues!

—Y yo repito que la dejes en paz.

:—¿Sabes quién soy?

James respondió fríamente:

—Claro que sí. Se te conoce no sólo por el aspecto, sino porque la zurda es como tu marca de fábrica. Tú eres Ted Winter, el pistolero. Mataste a tres hombres en Abilene el mes pasado. Se te busca de un lado a otro del Oeste, desde San Luis hasta más allá de las Rocosas. Y se dice que el que se enfrenta contigo a menos de quince pasos no tiene posibilidades de sobrevivir.

El otro sonrió. Tenía una sonrisa cuadrada y gélida.

—¿Y a pesar de eso quieres enfrentarte conmigo?

—Yo no te he pedido que nos desafiáramos, sino simplemente que dejases a la muchacha en paz.

—Para eso tendrás que matarme.

Hada estuvo a punto de situarse entre los dos, con un brusco movimiento.

—Por favor, señor Robinson, le suplico que no haga eso.

—¿Tienes miedo de que me mate? —preguntó, burlonamente, Ted Winter.

—Al contrario, tengo miedo de que le mates tú a él.

Sé que le matarás si ese desafío se realiza. Y en el rancho lo sabrán, y eso significará para mí un cataclismo.

—¿Por qué? ¿No sabes que no vas a quedarte en ese condenado rancho nunca más? ¿No sabes que vas a venir conmigo?

—¿Adonde, Ted? —preguntó glacialmente James—. ¿Adónde piensas llevarte a la chica?

—Pues… a San Luis. Eso es lo que convinimos con ella.

San Luis es una bonita ciudad.

—¿No es allí donde te casaste hace menos de un año, Ted?

Las facciones del pistolero se crisparon. Dio un empujón a la muchacha y tensó el brazo derecho, a cuyo extremo brillaba ya el revólver.

James casi no se movió. Dio la sensación de haberse convertido en una estatua.

Sólo dejó caer un poco su brazo izquierdo, disparando a través de la funda, y un agujero redondo se marcó en la frente de Ted Winter mientras éste apretaba el gatillo.

La bala disparada por el pistolero fue a estrellarse en el dintel de la puerta, dos palmos por encima de la cabeza de James. Y en el segundo siguiente, Ted dio un extraño salto, cayó de espaldas y quedó quieto en el suelo, hecho un ovillo, a los pies de Hada.

Ésta apenas Lanzó un gemido. Sus ojos se dilataron de horror mirando al cadáver. Luego elevó el rostro poco a poco, muy poco a poco, hasta clavar aquellos ojos en James.

Su mirada reflejaba un estupor absoluto, como si aún no pudiera creer que alguien hubiera sido capaz de vencer a Ted Winter.

—Es… Es imposible… —balbució.

—No te extrañe —dijo James, suavemente—. Él tenía una desventaja. Me veía de espaldas a la luz y no podía notar lo cerca que yo tenía la mano del revólver.

—Pero él…, él… ¡iba a salvar a mi padre!

—¿Te prometió eso?

—Sí… Me dijo que tenía un procedimiento para, sacarlo de la cárcel poco antes de que lo ahorcasen.

—¿Y qué te exigió a cambio?

—Pues…

—Creías que sólo iban a ser un par de besos, ¿verdad?

Ella bajó la mirada y todo su cuerpo pareció relajarse, hundirse. Sus fuerzas parecieron fallar, y en pocos segundos dejó de ser una muchacha intrépida para transformarse en una mujer vencida.

—Yo creía en la palabra de Ted —musitó.

—Pues mucho me temo que te hubieras llevado un desengaño, muchacha.

—Pero… ¡Pero ahora nadie salvará a mi padre! ¡No hay otro hombre capaz de sacarlo de allí!

James, sin mirarla, hizo una pregunta inesperada:

—¿Amabas a Ted?

—Pues… no sé. Le había visto pocas veces y…

—En resumen, no le amabas.

—Ésa no es razón —dijo ella, roncamente—, para que mi situación deje de ser más trágica que nunca.

—¿Por lo de tu padre?

—¿Cree que voy a ser capaz de permanecer impasible mientras le cuelgan? ¿Cree que podré resistirlo?

—Imagino que no, pero tal vez pueda hacerse algo antes de que lo hagan bailar de una soga. Lo primero que se necesita es dar un vistazo a la cárcel.

—¿Es que sería capaz de…?

—Yo no digo nada. Yo sólo supongo que ante todo hará falta echar un vistazo a la cárcel.

—Pero a estas horas no nos dejarán entrar.

James tomó suavemente del brazo a la muchacha y la hizo salir de allí, para que no viese el cadáver de Ted Winter. Luego, ya en el exterior, miró en todas direcciones por si había señales de que alguien hubiese oído los disparos.

Pero en el largo camino que llevaba a Casper no se veía a nadie.

—El *sheriff* sabe que soy el prometido de la señorita Sally Key —dijo él lentamente, contestando a las anteriores palabras de la muchacha—. Por consiguiente, le parecerá bien todo lo que yo le pida. ¿Vamos?

Ella, como si estuviese aturdida, como incapaz de reaccionar ante la velocidad de los acontecimientos, le siguió.

Dieron suelta al caballo de Ted y luego montaron silenciosamente en los suyos. James sabía que la muerte del pistolero sólo era para Hada un accidente más en su dramática vida, pero aun así la muchacha tenía los ojos turbios por las lágrimas. No quiso hacer ningún comentario mientras llegaban a la pequeña ciudad.

El *sheriff* estaba en su oficina, matando el tiempo con una de las pelirrojas del saloon. Al ver allí al banquero soltó a la chica, que se encontraba sobre sus rodillas, y dio un salto como si de repente hubieran puesto un clavo al rojo en su asiento.

—Se… ¡Señor Robinson!

—Buenas noches, *sheriff*. ¿Molestamos?

—¡Quia! Esta señorita…, ¡ejem! No sabía si detenerla o no. La

estaba interrogando.

—Yo, de usted, la encarcelaba. Y me quedaba con ella para vigilarla mejor.

—¡Ejem! Se ve de lejos que es usted un tío con toda la barba, señor Robinson. Me ha dado una idea.

—Pues voy a darle otra mejor. ¿Permite que le eche un vistazo a ese condenado de Frank Cody?

—Si suelta el revólver sí. Pero sólo le permitiré estar dentro un par de minutos.

—De acuerdo.

James soltó el cinturón canana con el revólver y pasó al departamento de celdas. Al rozar a la pelirroja, ésta musitó:

—¿Por qué no me detienes tú, vampiro mío?

James hubiera dicho que sí, pero detrás suyo estaba Hada, vigilándole. No había nada que hacer.

Mala pata que tienen algunos.

CAPÍTULO IV

El departamento de celdas estaba silencioso y alumbrado únicamente por una lámpara de petróleo puesta a media intensidad. Había allí dos calabozos, pero James vio enseguida que sólo uno de ellos se hallaba ocupado.

Se acercó a las rejas. Un hombre de unos cuarenta y dos años, todavía en la plenitud de su fuerza, descansaba sobre un camastro, pero no dormía. Sus ojos estaban clavados en el techo, y los posó en la figura de James cuando ésta se recortó delante de los barrotes.

—¿Es usted Frank Cody?

—¿Quién quiere que sea?

—Yo soy James Robinson.

Frank Cody, condenado a muerte por cuatrero, se puso en pie y caminó hacia la reja.

—James Robinson…, ¿no nos hemos visto antes en alguna parte?

—Yo creo que no.

—Pues casi juraría que… Bueno, deben ser imaginaciones mías. Y casi juraría que le he visto a usted en otro sitio y con otro nombre.

—Me parece que no es fácil que eso haya sucedido. Yo soy banquero y me muevo en ambientes que seguramente usted no frecuenta.

Frank Cody se pasó la mano derecha por una barba que ya empezaba a ser espesa.

—¿Un banquero aquí? ¿Y quién le ha enviado?

—Su hija.

—¿Hada? ¡Es imposible…!

—Puede que Hada tenga relaciones más elevadas que las que

usted tenía, señor Cody.

—Bueno, ¿y qué quiere?

James le miró con más atención y contestó, haciendo un comentario:

—Parece mentira que ella sea su hija.

—¿Por qué?

—Es usted muy joven.

—Es que me casé siendo casi un chiquillo, y tuvimos a Hada al año de matrimonio. ¿Pero qué importa eso ahora?

—Nada, desde luego. Era sólo un comentario.

—¿Y qué busca aquí?

—Me gustaría saber por qué, teniendo usted una hija y un empleo, se dedicó a robar caballos, Frank.

Él se encogió de hombros y fue lentamente hacia el fondo de la celda, como si no quisiera contestarle. Luego se volvió y le miró fijamente a los ojos antes de decir:

—Al quedar viudo, al poco tiempo de nacer Hada, muchas cosas cambiaron para mí. Fue como si me diese cuenta de repente de que la vida era una tragedia donde las cosas que nos parecen más importantes no tenían importancia alguna. ¿Pero para qué le explico eso? Usted es, al fin y al cabo, un fisgón que ha venido a meter las narices en lo que no le importa. En su calidad de banquero, pertenece a la misma calaña de los Key.

—¿No estaba contento de ellos?

—Explotaban inicuamente. Para sufragar sus gastos, cada vez más elevados, querían que el rancho produjera más y más, sin comprender que un hombre no puede trabajar siempre veinte horas diarias ni un buey venderse cuando solo tiene seis meses, porque muere en las rutas de las caravanas. No, ellos no comprendían eso, y como capataz del rancho tuve que aguantar lo indecible hasta que… hasta que reventé. Fue entonces cuando tuve la mala tentación de empezar a robar caballos.

—Mal asunto, Cody.

—¿Y qué?

—Yo no voy a juzgar el primer robo, pero es que usted siguió en esas actividades durante bastante tiempo. Ello indica que no sentía el menor remordimiento.

—¿Qué importa ello ahora? Ya estoy juzgado, ¿no? Aquí se

cuelga a los cuatreros, y a mí van a colgarme. ¿Qué le importa a usted lo demás? ¿Por qué tantas preguntas? ¿Acaso es el nuevo juez?

James susurró:

—No, claro que no lo soy. Perdone…

Durante aquella breve conversación, James había podido ver ya que el departamento de celdas no tenía más que una única salida, precisamente por el despacho del *sheriff*, que los barrotes eran sólidos y que las ventanas de cada celda no permitían el paso de un hombre. Prácticamente resultaba imposible fugarse de allí, si no se contaba con poderosas ayudas en el exterior.

—Pues si no es el nuevo juez —dijo abruptamente Frank Cody —, lo mejor será que se largue y deje descansar a la gente.

—¿Para cuándo está fijada la fecha de la ejecución?

—Si no hay novedad, para dentro de cuatro días.

—Lo siento, Cody.

—Más lo siento yo. Déjeme solo.

James comprendió que aquel hombre tenía razón, y fue a salir al exterior. Antes de que lo hiciera, Frank Cody le detuvo con su voz:

—Oiga…

—¿Qué ocurre?

—¿Está seguro de que no nos hemos visto en alguna otra parte?

James ni siquiera pestañeó.

—Parece que le ha entrado a usted una manía, ¿eh?

—Puede, pero yo difícilmente me olvido de un rostro, y creo que a usted le he visto antes.

—Habrá sido en algunos festejos ganaderos. Yo solía ir a ellos con frecuencia, cuando tenía más tiempo que ahora. Y no de más vueltas a este asunto, amigo, porque no vale la pena. Buenas noches.

Frank Cody gruñó:

—¡Hum!

Y volvió a su camastro sin dejar de mirarle.

James giró hacia la puerta, y se dio cuenta entonces de que la muchacha estaba allí, quieta en el umbral. Sin duda había escuchado toda la conversación. Se dio cuenta de que los ojos femeninos estaban turbios.

—¿Quieres decirle algo a tu padre, Hada?

—No… Creo que no. Sería mucho peor si hablase con él.

—Lo comprendo. ¿Vamos?

—Vamos.

Pasaron a la oficina del *sheriff*, que estaba de un humor de mil diablos porque con la interrupción se le había largado la pelirroja. Entregó su revólver a James y le dijo que tendría muchísimo gusto en no volver a verle por allí.

—¿No le dices lo del hombre a quien acabas de matar? —preguntó Hada en voz baja, mientras, ya en el exterior, montaban a sus caballos.

—Ya lo descubrirá, no te preocupes. ¿Quieres que volvamos juntos al rancho o prefieres ir sola?

—Será mejor que vaya sola —musitó ella—, pero si quieres, puedes ayudarme a entrar.

—Con mucho gusto, pero ¿cómo?

—Nos separaremos a poca distancia de los edificios —dijo ella—, y tú harás ruido. De ese modo los que estén despiertos se fijarán en ti, y no se darán cuenta de que otro jinete se mete en ese momento en la cuadra.

—Buena idea.

Mientras cabalgaban lentamente, emparejados, hacia la salida de la población, ella añadió:

—Gracias. ¿Pero por qué me ayudas?

—Debe ser porque tengo ganas de meterme en lo que no me importa.

—¿Siempre lo haces?

—¡Oh, no! Generalmente, yo voy a lo mío, sin perder el tiempo con nadie. Los banqueros estamos muy ocupados, ¿sabes?

Ella no respondió de momento. Siguieron cabalgando por la llanura hasta pasar por delante de la casa donde yacía el cadáver. Fue entonces cuando ella se volvió para decir:

—Embustero.

James parpadeó bruscamente.

—¿Qué dices?

—Me has oído muy bien: Embustero.

—Supongo que eso es una broma, ¿no?

—Jamás he hablado tan seriamente.

—¿Y puede saberse por qué soy embustero?

Ella le miró a poca distancia. La noche era ahora algo más clara y podían distinguirse en la semioscuridad sus ojos claros y espantosamente fríos.

—Mi padre te ha reconocido.

—¿Qué tonterías estás diciendo?

—No ha dado tu nombre porque no estaba seguro, pero mi padre es muy buen fisonomista, y yo no dudo que os habéis visto en alguna parte.

—Puede, pero eso no significa que yo haya dicho una mentira.

—Tú no eres quien aparentas ser.

—¿Ah, no?

James sonreía, pero su sonrisa se le iba quedando poco a poco helada en la boca.

—No eres quien aparentas ser —repitió ella.

—¿No? ¿Quién soy, entonces?

—Tenía que haberte reconocido antes —musitó Hada, sin dejar de mirarle—. Tú eres Cat Bill, el pistolero.

CAPÍTULO V

En el saloon había solamente unas diez personas a aquella hora de la tarde. Estaba lloviznando suavemente y los vaqueros habían empezado a retirar las reses, pero se encontraban aún en plena faena. Por las calles circulaba muy poca gente. Era una de esas horas tranquilas en que las turbulentas ciudades del Oeste parecían villorrios tranquilos donde hasta las moscas morían de viejas.

El hombre rubio que descendió ante el saloon, descabalgando de un hermoso caballo pinto, sabía que no era así.

Sabía que aquella aparente quietud no era más que el descanso de la muerte.

Entró en el saloon y miró en torno, desde los batientes que oscilaban a su espalda.

Tres tipos que estaban sentados a una mesa le miraron también. No hubo entre ellos ni siquiera un cambio de señas, pero el recién venido se acercó pausadamente.

Se sentó con ellos y bebió directamente del gollete un trago de la botella de *whisky* que había sobre la mesa. Luego dijo:

—Celebro que hayáis sido puntuales.

—No podíamos faltar, Charlie.

—¿Quién os ha visto?

—Nadie —respondió el mismo que acababa de hablar—. Esto está muy tranquilo. El *sheriff* parece muy ocupado y no sale de su oficina.

—Tiene preso a Frank Cody y no quiere que se le escape.

Eso constituye por ahora su única preocupación.

Los otros tres sonrieron.

—Nos hemos enterado. Y hemos pensado que eso favorece nuestros planes extraordinariamente.

—Desde luego.

El llamado Charlie encendió un cigarro.

—¿Qué sabéis de Cat Bill? —preguntó.

—Está en el rancho de Key.

—¿Entonces es cierta la información que me habían dado?

—Más exacta no puede ser, Charlie. Llegó al rancho y se hospeda allí. El tío ha tenido la cara de decir que va a casarse con Sally Key, que es la heredera del rancho.

Charlie lanzó una carcajada.

—¡Y a lo mejor, el muy buitre lo hace!

—No es fácil Sally Key no tiene nada que heredar, porque el rancho de su padre está comido por las deudas. Ese pájaro ya detrás de otra cosa.

Charlie lanzó una bocanada de humo.

—¿Cómo se ha presentado?

—Dice nada menos que es hijo del banquero Robinson.

—¿Del banquero Robinson? ¡Es… es inaudito!

—¡Huy! Es que en cuanto a cara, no hay quien gane a ese tío.

—Pero habrá presentado alguna credencial…

—Una carta de crédito firmada por su propio padre. La enseñó en el Banco y se llevó, gracias a ella, una montaña de dólares. Como que dicen por ahí que dejó la caja seca.

Charlie lanzó un silbido.

—Pues si consiguió eso, ¿cómo es que no se ha largado ya? Le convenía tomar el botín y poner pies en polvorosa. ¿Por qué cuernos no lo ha hecho?

—Supongo que es que el tío espera aún algo más. He oído decir que va a llegar otra carreta de oro al Banco y que él piensa llevársela también. Es cuestión de un par de días.

—Pues ya hacen falta nervios para estar aguantando aquí, con riesgo de que alguien le reconozca.

—Es que, en cuanto a nervios, ya sabemos que Cat Bill es el amo. Es un tío de esos capaz de estar tocando el violín mientras le cuelgan, y no fallar una nota.

—¿Pero dónde está el verdadero Robinson?

—¿James Robinson, el legítimo hijo del banquero? Porque da la casualidad de que Cat Bill también se llama James, o sea, que sólo miente a medias. Pues bien, creo que lo encontraron muerto en la

llanura. Tenía un balazo en mitad de la espalda.

Charlie arqueó una ceja.

—De modo que nuestro amigo Cat Bill es también un repugnante asesino… Muy bien, entonces nosotros mismos le ajustaremos las cuentas. Lo que nos interesa es apoderarnos de sus dólares cuando él consiga el segundo pago del Banco, y para eso ya tengo un plan. Escuchad…

Burton, el director del Banco de la ciudad, casi dio un salto cuando el lujoso tílburi tirado por dos caballos pura sangre se detuvo bruscamente.

—¿Qué pasa? ¿Qué es esto? —preguntó con un gritito.

El cochero se volvió hacia él.

—Estos caballos, que no hay quien los domine, señor Burton. Cuanto más caros y más briosos son, más difíciles resultan. Uno los quiere frenar con suavidad y se paran en seco levantando los remos. No hay quien pueda con ellos, voto a Satanás.

—¿Pero dónde estamos? ¿Por qué los detienes?

—Es que ya hemos llegado al rancho de los Key, señor Burton, El banquero se puso y se quitó las antiparras un par de veces, procurando poner cara de enterado.

—Ah, muy bien.

Bajó medio a trompicones y se puso a andar.

El cochero advirtió:

—¡Eh, señor Burton!

—¿Qué pasa?

—Que no es por ahí. Que la casa está al otro lado…

Míster Burton se detuvo, limpió con el pañuelo las antiparras, como si fuera culpa de los cristales, y luego echó a andar en la otra dirección. Pero se pegó tal golpe de narices contra los caballos que lanzó un gritito y quedó sentado en tierra.

El cochero hubo de levantarlo.

—Voto al diablo, señor Burton. ¿Se ha hecho daño?

—No, no… ¡Qué mala pata! ¡Mira que tropezar con un árbol!

—Sí, claro… Es que no sé por qué ponen árboles en esos sitios, señor Burton. Ni que la gente se los dejara olvidados.

El banquero se levantó y se sacudió la ropa.

—Bueno, vamos allá. No puedo perder más tiempo porque me están esperando en la casa.

—¿Quiere que le acompañe?

—No, no. Tú ocúpate de los caballos, no sea que se escapen. Te has descuidado y sabe Dios dónde estarán ahora.

El cochero le apartó un poco para que uno de los corceles no le atizara una coz, y quieras que no le acompañó hasta el porche principal, donde estaba el ranchero Key.

Burton, el banquero, por poco se arroja en sus brazos.

—¡Señor Robinson! ¡Qué alegría volver a verle de nuevo!

—Amigo, yo no soy Robinson.

—Ah, caramba, qué confusión más lamentable… Es que como son de la misma edad… —El cochero tuvo que hacer esfuerzos porque le entraba hipo—. ¿Y dónde está mi estimado colega el señor James Robinson?

—Mi futuro yerno está dentro. Acaba de regresar de dar una vuelta a caballo por el rancho.

—Pues desearía verle. ¿Puedo pasar?

—Naturalmente, señor Burlón, El banquero echó a andar, y su cochero tuvo que desviarlo suavemente, ladeándolo un poco.

—La puerta está hacia su izquierda, señor. Ese sitio por donde iba usted a entrar era la ventana.

—Caramba, es que con esa arquitectura moderna se confunde cualquiera. ¡Hacen unas ventanas tan grandes y tan bajas! Así que mi honorable colega el señor Robinson está dentro, ¿eh?

—Exacto, señor.

James había tomado un baño y se había cambiado de ropa después del paseo a caballo por el rancho. Estaba limpio y reluciente como un maniquí. Cualquiera que no mirase el extraño brillo de sus ojos hubiera podido tomarlo por uno de esos ricos herederos que no han dado golpe en su vida. Pero bastaba mirar al fondo de sus pupilas para convencerse de que en ellas palpitaba algo que no todo el mundo era capaz de adivinar.

El banquero, desde luego, no se fijó en sus ojos. Apenas vio una sombra que avanzaba hacia él.

—Señor Burlón…

—¡Ah, hola, señor Robinson, estimado colega! ¿Cómo se encuentra?

—Pues verá, en este rancho me encuentro como un rey. ¿Y usted?

—Psché. El Banco me da muchas preocupaciones. Cada día se ponen las cosas más difíciles, ¿sabe? ¡Hay que tener mucha vista! Precisamente por una cosa del Banco quería hablarle a usted.

—Con mucho gusto. Pase y siéntese. ¿Qué quiere tomar?

—Ahora que no me ve mi mujer, un *whisky* bien cargado.

Un solemne lacayo negro, que parecía estar allí solo para adivinar los pensamientos de sus amos, salió silenciosamente al escuchar aquellas palabras, y regresó al cabo de un minuto con un servicio de plata y una botella de buen *whisky* por estrenar.

James sirvió.

—Muy bien, señor Burton. ¿Y qué se le ofrece?

—Traigo buenas noticias para usted.

—¿Ah, sí?

—Ha llegado ya el cargamento de oro que esperaba. Estoy en situación de poder entregar a usted la suma que faltaba para completar el crédito que solicitaba su señor padre.

—Caramba. Se ha adelantado un poco, ¿no?

Y la voz de James fue tan indiferente como si dijera: «Parece que este año el calor ha llegado más pronto», es decir, como si la cuestión no le importase en absoluto. Pero la verdad era que todos sus nervios vibraban, y que por un momento sus ojos habían brillado de un modo distinto.

—Se ha adelantado porque yo he tenido interés especial en ello, señor Robinson —dijo el banquero Burton—. He puesto el máximo interés en servir a un colega como usted, y, además, cuando usted cobre, me libro de un buen peso.

No me gusta tener demasiado dinero en el Banco, créame.

—Comprendo.

—¿Cuándo quiere pasar a llevarse el dinero?

—Pues… hoy mismo.

—Estupendo. Las ventanillas del Banco cierran a las cinco, pero a mí podrá encontrarme hasta las siete. He contratado a dos hombres para que vigilen el local hasta que usted se presente allí a efectuar el cobro. Si usted lo desea, gustosamente haré que esos dos hombres le protejan en su regreso hacia Rancho Key.

En los ojos de James brilló por un momento una lucecita de alarma.

—¡Oh, no es necesario! Ésta es una tierra tranquila, y, además,

sé defenderme solo.

—Como usted quiera, señor Robinson. Y ahora, si me lo permite, voy a probar sólo un poquito de este *whisky*.

Otra vez se confundió, pero ahora nadie fue capaz de decir si lo había hecho intencionadamente o no. El caso es que, en lugar de sujetar el vaso, sujetó la botella. Bebió tranquilamente y la dejó seca en menos de dos minutos.

—Bueno, no hay que abusar… —dijo luego—. Yo siempre he dicho que esos tipos que se empapurran de *whisky* acabarán mal. Y ahora, puesto que hemos hablado de todo lo que había que hablar, me retiro.

Se dirigió hacia las escaleras que daban acceso al piso superior, pero la voz de James le sacó de su confusión.

—Señor Burton…

—Dígame, estimado colega.

—Como es lógico, deseo hacer una boda principesca y regalar a mi futura esposa algo que llame de veras la atención. Usted es el hombre más rico de la ciudad. ¿Qué me aconseja?

—Pues verá… Comprar aquí una joya es mal asunto.

No hay nada que valga la pena. Si estuviéramos en Nueva York o en Boston…

—¿Y un rancho? ¿Hay alguno en venta?

—¿Pretende regalar un rancho a su prometida?

—No es que vayamos a vivir en él, pero un buen rancho es un regalo que vale la pena, me parece.

—Por supuesto, por supuesto… Mire, en el Banco tengo un verdadero registro de todas las propiedades de estos contornos y lo que valen realmente, de modo que no le engañaré. Esta tarde, cuando pase a cobrar, hablaremos. ¿Le parece?

—Con mucho gusto, señor Burton.

—Entonces hasta luego, amigo. ¡Hum! ¡Qué puerta más oscura! ¡Parece que se ha hecho repentinamente de noche!

James dio un gran salto y llegó justamente a tiempo de rescatar al banquero, que iba a introducirse por la monumental chimenea.

Cuando regresó, después de dejar a su visitante en el tílburi, vio a Sally Key que estaba sentada en una de las butacas del salón, con las piernas cruzadas una sobre otra.

Y tenía buenas piernas, la condenada. Y llevaba unas medias

color humo como para quitar el hipo.
James se sentó ante ella.
—¿Es cierto que vas a hacerme un regalo fastuoso, querido?
—De modo que lo has oído todo…
—Sin querer.
—Las mujeres siempre escucháis sin querer las cosas que más os importan. Yo deseaba que fuera un pequeño secreto.
—¿Por qué? Así mi ilusión empieza desde ahora y me dura más tiempo.
—¿Qué prefieres, una joya o un rancho? Me ha dicho Burton que no conviene comprar una joya aquí, porque hay poco surtido, pero si lo deseas puedo trasladarme a la capital.
—Correrías peligro llevando tanto dinero encima durante el viaje, querido. Es mejor que me regales un rancho, si es que realmente piensas hacer una barbaridad semejante. O no.
Tengo una idea todavía mejor.
—¿Cuál es?
—No me regales aún nada, cariño. Prefiero que lleves todo ese dinero en nuestro viaje de bodas. Me gustaría ir a Nueva Orleans y luego tomar un barco de placer de los que remontan el río Mississippi. Pasaremos por lugares maravillosos donde podremos elegir tranquilamente pieles y joyas. ¿No te parece que será muchísimo mejor?
—Lo que tú prefieras, muñeca.
—Me gustarían unos abrigos de pieles que venden en Nueva Orleans y que son traídos directamente desde París.
También quisiera tener un doble brazalete de diamantes.
—Tendrás todo lo que te apetezca.
—¡Oh, cariño…!
Sally descruzó las piernas, con lo cual, y gracias a su falda demasiado levantada, hizo una exhibición que tumbaba de espaldas, y fue a sentarse en las rodillas de James.
Éste se dio cuenta de que estaban solos y, claro, no hizo el menor gesto de resistencia.
Unos segundos después se besaban furiosamente en la boca.

Al anochecer, James pidió su caballo y la Loba del rancho se lo llevó silenciosamente hasta la puerta.
Preguntó, como si no le conociera:

—¿Le ayudó a montar, señor?

—Claro que no; gracias.

James montó de un salto y se alejó al galope en dirección a la ciudad, mientras sobre la llanura caían ya definitivamente las sombras de la noche.

CAPÍTULO VI

James llegó a la ciudad sin haberse quitado ni un momento de la memoria la imagen de una mujer: La imagen de aquélla a la que llamaban la Loba del rancho.

Quizá por eso, porque estaba embebido en sus propios pensamientos, no reparó en el tipo que fumaba cachazudamente una pipa casi a la entrada de la ciudad, como si no tuviera nada mejor que hacer.

Ni se dio cuenta de que aquel tipo, una vez pasado él, dejaba repentinamente de tener interés por la pipa y se alejaba en dirección al centro, hasta encontrarse con otro situado una manzana más allá.

Ese otro fumaba un cigarro habano.

James tampoco reparó en él, ni se dio cuenta de que ocultaba ligeramente el rostro cuando pasó por delante.

Enfrente del Banco, en la puerta de un saloon, había un tercer tipo, el cual arrancaba virutas de un trozo de palo, como si aquella ocupación fuera lo más importante del mundo. Y, por fin, en la otra acera, casi a dos pasos de la puerta del Banco, había un cuarto hombre con el sombrero echado sobre los ojos, y que de vez en cuando tocaba distraídamente una armónica.

James amarró su caballo ante la puerta del edificio y entró en él, tras llamar quedamente, pues ya eran más de las cinco. El tipo que le abrió llevaba un pistolón grande como una pieza de artillería. Tenía tanta cara de perro policía que sólo le faltaba el bozal.

Dentro había otro con la misma cara. Éste empuñaba un rifle.

—Pase, pase —dijo Burton, desde dentro—. Ya tengo el dinero preparado, señor Robinson. Y una lista de ranchos que vale la pena comprar.

—Lo del rancho lo dejaremos para más adelante, señor Burton. Mi prometida nos ha oído esta mañana y prefiere que lo gastemos todo en el viaje de bodas.

—Una muchacha inteligente, digo yo… Muy bien, aquí tiene su dinero, señor Robinson, junto con el recibo de la cantidad. Si tiene la bondad de firmarlo, todo estará concluido.

James firmó, tomó en sus manos dos abultados fajos de billetes, que guardó cuidadosamente, y luego estrechó Ta mano del banquero, dándole las gracias. Todo había sido espantosamente sencillo, y, además, había durado apenas cinco minutos.

«Así —pensó James—, daba gusto trabajar». Salió a la calle y aspiró el aire quieto del anochecer. Fue entonces cuando los cuatro tipos a los que no había visto anteriormente, empezaron a moverse.

James se detuvo un momento en el porche, aspirando el aire quieto de la calle, que todavía no había empezado a animarse con los primeros bullicios nocturnos, aunque los locales de diversión empezaban ya a tener más afluencia de público.

Durante un par de minutos que parecieron hacerse interminables, examinó la calle.

No advirtió que resultaba algo extraño que cuatro tipos a la vez se hubieran juntado cerca de sus caballos, como para salir en seguimiento de alguien en cuando montase.

Ni pensó tampoco que ese alguien pudiera ser él.

Pero James no era tonto.

Llevaba demasiado tiempo en el Oeste para comprender que nunca hay que perder los nervios, y que aunque los enemigos estén invisibles se puede suponer que aparecerán en cualquier momento.

Por lo tanto lo mejor es hacer justamente lo contrario de lo que los presuntos enemigos esperan que uno haga.

En consecuencia, y ahora que tenía el dinero, no salió a galope como hubiese sido natural, sino que cruzó la calle y se adentró en el saloon frontero, igual que si no llevase más que unas monedas en los bolsillos.

James sabía que allí, entre tanta gente, nadie podría atracarle. El verdadero peligro estaba en la soledad de la llanura.

Los cuatro tipos que ya estaban junto a sus caballos se miraron con expresión incrédula.

—¿Pero qué hace ese fulano?

—¿Se ha vuelto loco?

—¿Cómo es que no se larga, si acaba de cobrar? ¿Es que alguien puede sentir sed llevando encima esa montaña de dólares?

Callaron, porque en aquel momento el *sheriff* y dos de sus hombres entraban a caballo en la calle Principal.

Pero no venían solos. Llevaban tras ellos una carreta tirada por un macilento penco.

Sobre la tabla de la carreta, que era de las que se empleaban normalmente para el servicio de cementerios, iba un cadáver.

Como el transporte de un difunto por una calle no tenía nada de particular, sólo un par de personas volvieron la cabeza. Y el único que se acercó al carromato fue Charlie, uno de los cuatro tipos que habían estado acechando a James.

—¡Caray, *sheriff*! Ese tipo llevaba algunos días muerto, ¿eh?

—¡Hum!

—Y le dieron por la espalda…

—¡Hum!

—¿Dónde lo han encontrado?

—Por ahí…

—¿Sabe quién es?

El *sheriff* volvió la cabeza, visiblemente molesto.

—Deje de preguntar y métase en sus asuntos, maldita sea. Es un desconocido cuyo cuerpo encontramos en la llanura, y vamos a enterrarlo enseguida, porque su olor empieza a molestar. ¡Voy a tener trabajo con este asunto y encima usted pregunta más que un fiscal! ¡Váyase al infierno!

Charlie lanzó un gruñido y volvió grupas. En realidad, ya no necesitaba preguntar más.

Sus compañeros le miraron.

—¿El verdadero James Robinson? —susurró uno de ellos.

—Sí.

—Ya dijiste tú que lo habían apiolado. Y ha sido por la espalda, ¿eh? ¿Pero el *sheriff* no le conoce?

—No tiene idea.

—Claro, no llevaría documentos…

—Seguro que se los birló Cat Bill después de liquidarlo a traición. Sobre todo la carta de crédito, que le ha permitido cobrar en nombre del otro una montaña de dólares.

Los cuatro hombres guardaron un momento de silencio, mirándose. Luego, Charlie apretó los puños.

—¡Ese tipo, Cat Bill, es el asesino más astuto y despiadado que conozco! ¡Ha liquidado a un hombre por la espalda, sin ningún riesgo, y luego ha limpiado tranquilamente un Banco! ¡Os juro que no voy a tener compasión de él! ¡Os juro que su piel y su dinero van a ser nuestros esta misma noche!

James había entrado en el saloon.

En éste no había empezado aún el espectáculo, pero un sujeto barbudo aporreaba el piano y una chica sentada sobre la caja movía lánguidamente una pierna, arrancando destellos metálicos a los ojos de los clientes cada vez que, al alzar la pierna, se veía el final de la media.

En la barra sólo había unas cinco personas, pero James se fijó exclusivamente en una de ellas.

En efecto, no resultaba fácil encontrar por aquellos contornos a un fulano tan bien vestido como aquél, con su inmaculada levita color tabaco, sus pantalones grises bien planchados, sus botines y su gruesa cadena de oro cruzándole el chaleco de parte a parte.

Pero el tipo no era un maniquí.

Tenía las facciones duras y morenas, era joven y llevaba un «Colt» muy bajo colgado de una funda adornada en plata.

James le miró un solo instante. El tipo le había llamado la atención al entrar, pero ¿para qué pensar en él?

Tenía otras preocupaciones, aunque hasta ahora todo había ido saliendo a pedir de boca.

—*Whisky* —pidió.

—Enseguida, señor.

En aquel momento el tipo del piano dejó de aporrearlo, la chica descabalgó, con una fantástica exhibición de piernas, y fue hacia la barra para servirse ella misma un vaso.

No llegó a hacerlo del todo.

El hombre que había llamado la atención a James hizo a la chica una seña parecida a la que se emplearía para llamar a un perro.

—Eh, tú, ven.

Ella sonrió.

—Lo siento, pero no puedo. Dentro de un par de minutos empieza mi número. Soy bailarina de

can-can.

—Eso, a mí, no me importa.

La chica se encogió de hombros, queriendo dar por terminada la cuestión, pero el hombre bien vestido no pareció conformarse con eso. Bruscamente, fue hacia ella y le arrebató el vaso de las manos. El licor saltó al aire manchando el rostro y el amplio escote de la muchacha.

Ésta, que parecía muy modosita, soltó, sin embargo, una maldición capaz de dejar tieso a un conductor de diligencias.

El hombre bien vestido no se inmutó. Con elegancia, movió dos veces la mano derecha y dos veces la aplastó sobre el rostro femenino.

En el saloon se produjo un instantáneo silencio. Bruscamente, cesaron todos los rumores y todas las conversaciones. Los rostros expectantes de todos los que estaban allí se volvieron hacia la pareja.

Entre aquel silencio que había llegado a hacerse angustioso, el hombre gruñó:

—Retira eso, muchacha. Retíralo o será peor para ti.

Ella pareció vacilar, temblándole los labios de indignación, hasta que sonó una voz tranquila al otro extremo de la barra.

—Esa chica no retirará nada, milord. Más vale que de el incidente como zanjado, puesto que ha sido usted quien empezó.

El hombre se volvió, para encontrarse con los ojos de James, fríos y espantosamente quietos.

—¿Quién es usted?

—Me llamo James.

—Pues no se meta en esto.

—Es usted quien no debe meterse, amigo. Lárguese y no le pesará. Más vale dejar las cosas como están ahora.

—Da la casualidad de que nunca me han gustado los entrometidos, James.

—No acostumbro a serlo, pero sostendré mis palabras hasta el fin.

—¿Hasta el fin? ¿Y puede ya imaginar cuál será su fin?

—O el suyo…, amigo.

El hombre bien vestido se distanció un paso de la barra, para tener más libertad de acción. James se distanció un paso también. A

un borracho que estaba en medio se le pasó la borrachera de pronto. Dio un salto hacia atrás y los dejó a los dos solos, a una distancia de unos siete pasos.

Demasiado corta para que las balas fallaran. Aquel duelo iba a ser a muerte.

James masculló:

—Voy a darle una última oportunidad.

—Y yo no la acepto.

—Muy bien… Entonces usted tiene la palabra.

El hombre bien vestido sonrió secamente durante unos segundos.

—Adiós para siempre, James —dijo, como si de verdad sintiera lástima.

Tensó la mano derecha, y los dos adversarios se miraron fijamente. Aquella observación, que duró apenas diez segundos, pareció interminable a los que contemplaban la dramática escena. De pronto, el hombre bien vestido se movió.

Era un auténtico diablo manejando el revólver. Había comprendido que su situación, pegado a la barra, era perjudicial, y saltó de costado mientras «sacaba». Dos llamaradas rojas brotaron de su revólver.

Las dos hubieran alcanzado a James si éste, con una larga experiencia en materia de desafíos, no se hubiera movido a tiempo. En efecto, se pegó a la barra trágicamente, al notar en el último segundo que su adversario iba a ser más rápido que él. Las dos balas le rozaron la cabeza. Una le arrancó cabellos, y la otra le dejó una línea sangrienta en la sien. James, que nunca se había enfrentado a un enemigo tan veloz, disparó una sola vez, tirando a matar, pero no acertó tampoco.

El precario equilibrio en que se hallaba le había impedido fijar la puntería. La bala penetró en la mano derecha, haciéndole soltar el revólver mientras lanzaba una espantosa maldición.

Ahora estaba a merced de James, pero éste no disparó.

No hubiera podido hacerlo tampoco, porque en aquel momento sonó una voz en la puerta:

—¡Quietos!

Todos se volvieron. El *sheriff* estaba allí, con un revólver empuñado en su mano derecha.

James guardó su «Colt».

—Por mí vale, *sheriff*.

—¿Qué ha sido esto?

—Defensa propia, *sheriff*. Un desafío con igualdad de ventajas para los dos.

El dueño del saloon lo confirmó:

—Ya sabe que yo no miento, *sheriff*. Este caballero no hizo más que defender a una de mis chicas. En cuanto al otro, tampoco hay razón para detenerle, puesto que fue un desafío legal.

El *sheriff* apretó los labios.

—¡Bastantes preocupaciones tengo ya para que encima suceda esto, maldita sea! ¡Y parece mentira que un banquero como usted, señor Robinson, se desafíe en un saloon igual que un matasiete cualquiera! No quiero volver a verle por aquí, ¿estamos?

—Por mí, de acuerdo, *sheriff*.

—Para convencerme, voy a acompañarle hasta Rancho Key. ¿No vive allí? ¡Y no vuelva a poner los pies en la ciudad hasta el día en que se case, o le encierro por muy banquero que sea!

James musitó:

—Conforme, *sheriff*.

Salió acompañado por el representante de la ley, sin dirigir una mirada al herido. Una vez fuera, los dos hombres montaron silenciosamente.

Charlie, que estaba en el exterior, aguardando, masculló:

—¡No podremos hacer nada esta noche! ¡Condenación! ¡Pero juro que no se nos escapará mañana!

CAPÍTULO VII

El *sheriff* dejó a su acompañante cuando estaban apenas a veinticinco yardas del cuidado césped que rodeaba Rancho Key. En los edificios habla luz, y cualquiera hubiese comprendido que allí no existía ya ningún peligro.

Al girar grupas advirtió:

—¡Y recuérdelo; ni aparecer por la ciudad hasta el día de su boda! ¡Si no lo hace así, juro por mi abuela que se tiene que casar en una celda!

—Bueno, *sheriff*, no se sulfure.

—¡Al diablo!

Cuando vio desaparecer entre las sombras al representante de la ley, una amplia y satisfecha sonrisa distendió el rostro juvenil de James.

Chascó los dedos, como dando el asunto por terminado, y fue a bajar del caballo. Pero en ese instante oyó una voz junto a él.

—¿Satisfecho?

La loba del rancho estaba allí. Le miraba al pie del caballo; quieta y sumisa como siempre.

Sus ojos eran como dos puntitos de luz en las tinieblas.

Sus labios rojos temblaban suavemente.

—¿Qué haces aquí, Hada?

—Mi obligación es recoger su caballo, señor. Y ayudarle a bajar, si el señor lo solicita.

—Déjate de tonterías.

James bajó y tomó al caballo de la brida, dirigiéndose a la cuadra. Ella se puso a su lado silenciosamente.

—Aquella noche, cuando nos separamos, te fuiste bruscamente, sin contestar a mis palabras —susurró Hada—. No me contestaste

cuando te acusé de ser el mismísimo Cat Bill.

—¿Y para qué tenía que hacerlo?

—¿No lo eres?

James se encogió de hombros.

—No vale la pena mentir contigo, puesto que pareces saberlo todo. En efecto, soy James Bill, más conocido por Cat Bill en toda esta parte del Oeste. Ya tienes la respuesta. ¿Satisfecha?

—¿Cómo te has atrevido a venir aquí?

—Pues porque el golpe era el más fácil que me había tropezado en mi vida. Sólo tenía que engañar a un banquero que me había visto una vez, pero que es miope como un topo, y a una rica heredera que no me había visto nunca.

Lo único molesto es tener que fingirle amor, pero es que el plan no podía desarrollarse de otra manera. Cuando el banquero me pagó el dinero en dos plazos, comprendí que valía la pena esperar al segundo, y no tuve más remedio que venir aquí, eliminando mi primera intención de salir al galope enseguida. Si no llego o presentarme en rancho Key, todo el mundo hubiera sospechado que yo no soy el verdadero Robinson.

—Y todo ha salido a pedir de boca…

—Fenomenal, muchacha.

—Sí, ya he visto que el *sheriff* incluso te acompañó hasta aquí. Encima te tratan como a un personaje… Pero yo puedo ofrecerte una idea todavía mejor.

—¿Cuál?

—Cásate con Sally.

James se detuvo un momento, cuando ya estaban a pocos pasos de la cuadra, y miró al fondo de los ojos de la chica.

—¿Por qué?

—Ella es rica. Lo tendrás todo.

—No, muchacha. Ella está arruinada, y lo único que conseguiría sería gastar el dinero que tanto «trabajo» me ha costado «ganar». Además, tarde o temprano se descubriría el pastel, y para entonces me interesa estar muy lejos.

Voy a largarme esta misma noche.

Dejó una breve pausa y añadió:

—Desde luego, pienso dejarte a ti una cantidad.

—¿Para qué?

—Para que intentes obtener la revisión del proceso de tu padre y porque…, en cierto modo, somos cómplices.

—Yo no quiero nada tuyo, James.

—No seas tonta. La verdad es que me has favorecido con tu silencio. En cierto modo, dependo de ti.

—Eres… ¡Eres un canalla, James!

—Pero…

—¿Es que aún intentas justificar tu conducta?

—Yo no intento justificar nada. Sólo digo que era un golpe fácil y que no quise desaprovecharlo. Digo también que todo ha salido a pedir de boca y que tú mereces al menos una cantidad para pagar tu silencio.

—Para pagar mi silencio…

Ella caminó unos pasos, y su figura se recortó a la suave luz que provenía de la puerta de la cuadra. James se dijo, en contra de su voluntad, que era la muchacha más bonita que había visto en su vida. Si con aquellas ropas burdas resultaba así, ¿cómo sería si alguna vez se vistiese igual que una auténtica señorita? ¿Cómo sería aquella mujer vestida con un salto de cama de los que debía tener Sally Key?

¿Cómo serían sus besos, sus caricias, cuando ella descubriese lo que es el amor?

Apretó los labios y se dijo que le convenía pensar en otra cosa. Por ejemplo, en largarse enseguida de allí.

Hada se volvió. Sus ojos refulgieron un momento en la quietud suave de la noche.

—James…

—¿Qué, muchacha?

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué no te ha avergonzado cometer un acto así?

—No deberías hablarme así. Recuerda que eres la hija de un cuatrero.

—Pero yo no he robado nunca.

James bajó la cabeza.

—En eso tienes razón.

—Ni nunca sería capaz de planear un robo tan fría y despiadadamente como tú lo has hecho.

—Lo comprendo… Tú eres distinta, Hada.

—Y tú podrás serlo también.

—Es difícil, no creas… Nadie elige su propio destino.

Mi padre fue ahorcado por salteador de diligencias en Kansas, y de los cuatro hermanos que éramos, dos sufrieron la misma suerte por no tener dinero y no poder comprar testigos, ni jurados ni siquiera buenos abogados que los defendiesen. Fue en ese momento cuando yo, que era el menor de todos, me juré a mí mismo que no sería pobre nunca más.

Hizo una pequeña pausa y añadió:

—Pero mi hermano Milton me llevó con él. Milton era el que me precedía en edad. Recuerdo que me dio dos cachetes y me llevó para que rezara ante la tumba de nuestro padre. Luego, con el poco dinero que tenía, compramos una parcela de tierra.

Notó que Hada se había acercado a él. Aunque no la miraba, intuía su presencia. La muchacha era como una sombra cálida junto a él, como algo que llenaba la noche entera. Sintió muy cerca de su piel el aliento cálido de la muchacha, y en contra de su voluntad tuvo un estremecimiento.

—Mi hermano Milton —siguió—, era un hombre honrado. Fue el hombre más honrado que he conocido jamás. Me suplicó que no siguiera los pasos de mi padre ni de mis hermanos. Nunca olvidaré su rostro cuando me pedía aquello; tenía lágrimas en los ojos. Dijo que yo era muy niño todavía, y que no quería verme ahorcado alguna vez. Se lo prometí, y los dos nos pusimos a cultivar la parcela de tierra.

El aliento de la muchacha se hizo más intenso, le quemó la piel.

—¿Qué sucedió con tu hermano Milton?

—La cosecha de los dos primeros años fue muy mala.

Las tierras en el Oeste central son excelentes, pero están batidas por todos los vientos y expuestas a todos los avatares de la Naturaleza. Recuerdo que el primer año resistimos, pero al segundo hubo que hipotecar la tierra. Cuando las cosas continuaron yendo mal, porque nuestras solas fuerzas no bastaban, nadie tuvo piedad de Milton. Nos amenazaron con que lo perderíamos todo, y yo me di cuenta de que eso significaría la muerte para él. Milton era campesino por naturaleza, y aquel pedazo de tierra constituía toda su ilusión, era la obra de su vida. Fue entonces cuando se me ocurrió el primer robo. Sólo pensaba ayudarle, pero la cosa me salió

tan bien que me di cuenta de que tenía facultades insospechadas para hacerme millonario en poco tiempo.

—¿Y seguiste por ese camino?

—Bueno, en cierto modo no me quedó otro remedio.

—¿Por qué?

—Milton, cuando supo lo que había ocurrido, devolvió el dinero y me echó a mí de casa.

—Hizo bien —dijo bruscamente Hada.

—No lo niego, pero me dejó demasiado suelto. A partir de aquel momento comprendí que tenía que arreglármelas por mí mismo. Me alié a una banda de salteadores de Bancos, de la que pronto tuve que separarme porque no me gustaba matar. De todos modos, adquirí fama en los desafíos, y pronto empezaron a llamarme Cat Bill, por la rapidez con que cambiaba de posición de tiro. Pero jamás maté para robar. Al fin decidí actuar solo y éste era mi primer golpe importante. Mejor dicho, lo ha sido, porque todo ha marchado estupendamente bien. Ahora el único trabajo que me queda por hacer es largarme.

Ella apretó los labios, mientras su respiración se hacía jadeante. James notó que algo cambiaba en Hada, se dio cuenta de que sus ojos brillaban furiosamente como dos pedazos de metal.

—¿Dices que no te gusta matar? —Silabeó.

—No, claro…

—¡Y en cambio, asesinaste al verdadero James Robinson por la espalda! ¡Eres un perro miserable!

Cat Bill fue a contestar, pero no pudo.

En ese momento se acercaba alguien.

Capítulo VIII

Fueron unos pasos que se acercaban pausadamente a través del césped. La persona que llegaba no tenía interés en ocultarse, y por eso pudieron oírla a tiempo.

Hada adivinó enseguida, por el sonido de los pasos, que se trataba de Sally Key.

En un instante desapareció con el caballo, y James quedó solo sin haberse dado aún cuenta exacta de lo que ocurría.

Sally llegó hasta él envuelta en una nube de perfume discreto, deliciosamente femenino y deliciosamente caro.

—¡James…!

—Hola, Sally.

—¿Qué haces aquí? ¿Es que acabas de llegar?

Él no mintió.

—Sí, acabo de llegar de la ciudad. He retirado del Banco lo que me faltaba para completar la carta de crédito.

—Entonces debes llevar muchísimo dinero encima, James…

Él sonrió.

Eres un poco ingenua, Sally.

—¿Por qué?

—Dudo que a ti te parezca muchísimo dinero lo que yo llevo ahora. En tu casa estás acostumbrada a ver bastante más.

—Pero con la diferencia de que éste es nuestro, James. Es el dinero de nuestra boda.

—Sí…

Por un momento los ojos de James se habían vuelto turbios, aunque ella, gracias a la oscuridad, no lo notó.

Y es que para James aquélla era la parte más ingrata y cruel de todo el asunto.

Indudablemente Sally confiaba en él. No es que estuviera enamorada, puesto que apenas se habían tratado, pero desde luego aquella bellísima muchacha pensaba casarse con él, y en aquella boda había puesto todo su destino. Huir de allí y dejarla engañada era la parte más cruel del plan de James, pero no tenía más remedio que seguirlo, ahora que ya todo estaba prácticamente hecho.

Cierto era que James no había pensado tener que engañar a Sally. Su primer plan consistía en cobrar y salir disparado, pero cuando el banquero habló de pagarle en dos plazos hubo de presentarse en Rancho Key y seguir con la comedia. Ahora había llegado el momento de terminar.

Eso le corroía el corazón, porque el engañar a las mujeres no había formado nunca parte de sus costumbres.

Sin embargo, ahora tenía que hacerlo. Era mejor terminar cuanto antes.

Terminar…

—¿Por qué no te has retirado a descansar aún? —preguntó suavemente—. ¿Me aguardabas?

—Sí, querido.

—Yo creo que duermes poco. Una mujercita como tú necesita descansar…

—¿Es que te sabe mal que esté junto a ti, querido?

James tragó saliva.

—¡Oh, no, claro que no!

—Es que como lo dices de esa manera…

—Lo que ocurre es que debo empezar a preocuparme por ti.

—Y yo estaré encantada, James. ¿Cuándo nos casamos?

Ahora ya está todo listo, ¿verdad?

—Pues… podemos casarnos cuando tú quieras.

Ella sonrió con alegría.

—Entonces mañana mismo hablaré con el juez y con el pastor de almas. Podríamos celebrar la boda dentro de tres o cuatro días…

Él volvió a tragar saliva, ahora con más dificultad.

—¿De veras crees conocerme bien? ¿No te parece quesería prudente esperar un poco más de tiempo?

—¿Por si me equivoco? ¡Pero si contigo no puedo equivocarme, James! ¡Si llevas la bondad impresa en el rostro! ¡Nos casaremos enseguida y seré la mujer más feliz del mundo!

Se encaramó un poco sobre las punteras de sus zapatos y le besó de lleno en los labios.

Nadie hubiera permanecido indiferente ante la caricia de una mujer tan bonita. Hubiera tenido que ser un hombre de hielo, y James no lo era.

Por fortuna reaccionó al cabo de unos segundos tras besarle. Hada, la loba del rancho, quizá les estuviera viendo. Tampoco era justo que besase a aquella mujer a la que tendría que abandonar enseguida.

La soltó con suavidad.

—¿Qué te ocurre? —preguntó ella, sorprendida—. ¿Es que no te gusto?

—Me gustas mucho, pero…

—¿Pero qué?

—Me gustas tanto que temo perder el respeto que te debo.

Ella le dio un pequeño cachete con la mano izquierda, mientras sonreía.

—Tonto…

Estaba resplandeciente con aquel vestido, con aquel brillo en los ojos, con aquel perfume envolviéndola toda.

James recordó en contra de su voluntad las palabras de Hada. «Cásate con Sally». Hada le había dicho aquello porque sabía que era inferior, porque estaba segura de que ella jamás podría disputar el amor de un hombre a la resplandeciente Sally Key.

Pero no. Ya la había engañado bastante.

James dio un par de pasos en dirección a la cuadra y musitó:

—Si me permites, quiero convencerme de que mi caballo está bien atendido. Y tú retírate a descansar, por favor. Temo que tu padre, si se entera, interprete mal todo esto.

—Bueno, ya que eres tan respetuoso…

Ella le dirigió una sonrisa que era toda una promesa y se alejó poco a poco en dirección al rancho. James, con las facciones contraídas a causa de la indignación que sentía contra sí mismo, la estuvo mirando hasta que ella desapareció.

Oyó entonces, quedamente, la voz de la loba del rancho:

—¿Te has dado un buen lote, eh?

—Ha sido en contra de mi voluntad.

—Lo siento por ti.

James contuvo sus pensamientos. «A ti no te hubiera soltado. Cielos, a ti te hubiera besado hasta matarte…». Pero nada de aquella tempestad se reflejó en sus ojos.

—Voy a tomar mi caballo —dijo solamente—. Me marcho ahora mismo.

Ella musitó:

—Como quieras…

Fue a dirigirse hacia el caballo, pero cuando James, al seguirla, penetró de lleno en la zona de luz de la cuadra, ella le miró e hizo un gesto de extrañeza.

—¿Qué es eso?

—¿Qué es eso que…?

—Ahí, en la manga.

James se miró. Y, en efecto, allí tenía una mancha.

Era sangre.

James, más conocido por Cat Bill, escrutó el horizonte.

Detrás de él a una distancia de dos millas, tenía rancho Key, el cual acababa de abandonar. Delante tenía la llanura inmensa donde podía perderse tras unas cuantas horas de galopada. Nadie sería capaz de darle alcance, puesto que nadie conocía tan bien como él el arte de despistar a un enemigo. Y encima de su cabeza tenía la negra noche, que sería cómplice de su fuga.

Nunca las cosas se le habían presentado tan bien.

Había abandonado rancho Key sin que nadie se diera cuenta de ello, excepto Hada. Llevaba una fortuna en los bolsillos y montaba un magnífico caballo. ¿Qué más podía desear? El mundo era suyo.

Sin embargo, James no se sentía feliz.

Rabiosamente, con una intensidad que le hacía daño, pensaba en Hada, que no había querido darle ni un beso de despedida.

Sabía que nunca más se arrancaría aquella mujer del pensamiento. Que nunca más volvería a sentir lo que, en contra de su voluntad, estaba sintiendo por ella.

Pensaba también en Sally Key.

¿Qué diría cuando supiese que era un impostor y que había desaparecido? ¿Qué significaba aquella mancha de sangre?

Se miró la manga.

La mancha estaba allí, no había duda. Y no había duda tampoco de que se la había causado ella, cuando se besaron.

¿Es que acaso la muchacha había sufrido algún daño?

¿Es que estaba herida y no se había dado cuenta?

Hay heridas que no producen dolor de momento, que son traidoras como el paso de una víbora.

Pero James se encogió de hombros, mientras picaba espuelas y el caballo tomaba un furioso galope.

Él ya no podía hacer nada. Resultaba evidente que la herida, de existir, no era grave ni mucho menos. Sally ya encontraría quien la atendiera.

Hizo lo posible por no pensar más en ello, mientras se decía que atrás dejaba una etapa de su vida que ya no debía volver a recordar. Durante años se había estado repitiendo que el pasado no existe, que no hay que volver nunca la mirada hacia lo que uno deja a su espalda. Y sin embargo, ahora no podía hacerlo.

Pensaba que le sería imposible olvidar a Hada. Que recordaría siempre a la muchacha, fuera cual fuese el lugar a donde le llevara su maldito destino.

¿Seguiría ella cuidando los caballos de sus dueños?

¿Qué sería de la muchacha? ¿Terminaría casándose con cualquier vaquero rudo y bestial, que no supiese tratarla?

James notó que los nudillos le blanqueaban, de tanto apretar los puños sobre las riendas.

¿Quién besaría los labios de Hada? ¿Qué sería de ella?

¿Qué harían con su joven cuerpo?

Todos estos pensamientos de James le martirizaban, le herían en lo más hondo, le daban la sensación de que nunca volvería a vivir feliz.

Pero duraron bien poco.

De repente una bala silbó llegando desde las tinieblas.

James sintió que algo volaba desde su cabeza, que todo vacilaba en torno suyo, y dando un salto desde la silla, cayó pesadamente.

Había sido una bala de rifle.

El pesado proyectil, atravesando su sombrero, le arrancó partículas de piel de la cabeza y le produjo tal choque nervioso que cayó del caballo con una invencible sensación de vértigo.

Lo peor fue que quedó estribado.

Su corcel, enloquecido de terror, se lanzó a un rabioso galope llevando colgado el cuerpo examine de James. La zona por la que

ahora corría estaba cubierta por una fina hierba, que aminoraba el salvaje roce del cuerpo contra el suelo, pero cuarenta yardas más allá empezaba un terreno pedregoso donde la cabeza de James hubiera estallado en mil pedazos.

El que había disparado con el rifle no vio, sin embargo, que el jinete había quedado estribado y que era arrastrado por su propio caballo. La semioscuridad le impidió apreciar aquel detalle.

Entonces, para asegurarse de que su enemigo no tenía escapatoria, apretó el gatillo otra vez. La pesada bala de rifle encontró en su camino la noble cabeza del caballo.

Éste dio un extraño salto, como si de repente lo hubieran suspendido en el aire, y acto seguido cayó a plomo sobre la hierba. El cuerpo de James también quedó frenado instantáneamente.

Charlie, que era el que había manejado el rifle, volvió la cabeza suavemente para mirar a sus tres hombres. Los tres estaban a su izquierda y con las armas preparadas.

—Le hemos dado —susurró.

—Ha sido buena idea, jefe. Usted supuso desde el primer momento que pasaría por aquí.

—No tenía otro remedio, viniendo desde rancho Key.

Movió el rifle en abanico y añadió:

—Pero ahora hay que asegurarse bien, muchachos.

—¿Llevará el dinero encima?

—Claro, imbécil.

—Vamos a rematarle.

—Debe estar muerto ya —dijo Charlie—, pero con un tipo de ese calibre conviene extremar las precauciones.

Vamos a acercarnos abiertos en abanico y separados quince pasos uno de otro. Llevaremos los dedos sobre los gatillos. En cuanto veamos que se mueve una pulgada, le rellenaremos de plomo. De todos modos, ya no se moverá.

Como Charlie había dicho, se hizo.

Los cuatro hombres salieron de su cobijo entre las rocas y empezaron a andar silenciosamente, con los dedos sobre los gatillos de sus rifles. La oscuridad era ahora casi compacta, y sólo distinguían al caballo caído como una gran mancha sobre la hierba. Del jinete no se veía ni rastro, pero era sin duda porque estaba debajo del animal.

Charlie llegó a unos quince pasos. Allí se detuvo y aspiró el aire con fuerza, como una fiera que olfatea antes de disponerse a saltar.

En aquellos momentos James recobró en parte el conocimiento. Fue el dolor lo que le despertó.

Tenía el cuello molido, a pesar de que había sido arrastrado tan sólo unos metros y por terreno blando. De su cabeza goteaba sangre, pero se dio cuenta de que había sido sólo una rozadura. En cierto modo aún estaba en situación de pelear.

Lo peor eran dos cosas: La primera, que a causa del *shock* nervioso le fallaban todavía un poco la vista y el pulso. Si en estos momentos se hubiese presentado a un concurso de tiro, sin duda habría quedado el último.

La segunda cosa era que el cuerpo del caballo le aprisionaba parcialmente una pierna, y aunque no resultaba imposible salir de allí, le costaría muchos esfuerzos lograrlo.

De momento estaba prisionero.

Fue entonces cuando vio a cuatro sombras que avanzaban silenciosamente hacia allí, como cuatro fantasmas.

No pudo reconocer a aquellos hombres, pero se dio cuenta de que llevaban rifles y de que él sólo contaba con el caballo como parapeto.

Extrajo el revólver.

No podía sacar el rifle porque éste había quedado por entero debajo del caballo. A aquella distancia eso importaba poco, pero si sus enemigos se distanciaban, el tener sólo arma corta sería una importante desventaja.

Intentó calcular cuál de ellos resultaría el más peligroso, para intentar eliminarlo primero.

En ese momento Charlie, que estaba ya a diez pasos, vio que algo se movía junto al caballo.

—¡Está ahí! ¡Fuego, muchachos!

Cuatro rifles crepitaron a la vez, mientras James se pegaba materialmente a tierra. Una de las balas restalló tan cerca que le hizo saltar partículas de hierba a la boca. Las otras tres se hundieron en la carne del caballo, que pareció estremecerse.

James disparó una sola vez, por debajo del cuello del animal.

Como era lógico, falló la puntería. Lo único que hizo fue rozar a Charlie, quien saltó de costado como si le hubiera picado un áspid.

—¡Dispersaos! ¡Está vivo!

James lanzó en voz baja una maldición. Ahora sí que la había hecho buena. No tenía que haberse precipitado tanto al disparar.

Con cuatro enemigos enfrente, y sin poder él alejarse del caballo, la situación era como para echarse a llorar hasta caer tumbado de espaldas.

Sus enemigos corrieron hacia las rocas, desde donde podrían batirle fácilmente con sus rifles. James tiró dos veces más, descubriéndose ahora en parte, pero tampoco acertó.

Se dio cuenta de que necesitaba ganar tiempo. Le era preciso serenarse. Nada podría conseguir mientras su pulso temblara de aquella manera.

Mientras sus enemigos se parapetaban, hizo un terrible esfuerzo por librar su pierna. No la tenía hundida del todo bajo el cuerpo del caballo, porque entonces le hubiera sido imposible salir de allí. De todos modos, necesitó quedar reventado y sin aliento para poder liberarse y recobrar la movilidad.

Charlie y los otros ya se habían colocado. Ya tenían los rifles nuevamente en línea de tiro.

James se dio cuenta de que lo único que le protegía ahora era la oscuridad. Si dejaba pasar los nubarrones que ahora cubrían la luna menguante, estaría perdido.

Cuatro balas ulularon en la noche y se clavaron en él cuerpo del caballo con siniestro chasquido.

«Sólo por esto os tendría que triturar el cerebro… —masculló James—. Liquidar así a una bestia como ésta, que vale más que yo y que todos vosotros…». Arrastrándose pulgada a pulgada, intentó salir de detrás del caballo, yendo hacia la derecha, donde empezaba la zona pedregosa. Sabía que allí encontraría mejor protección.

Sus enemigos dispararon otra andanada contra el caballo.

¿Pero cuánto duraría su error? ¿Cuándo se darían cuenta de que él ya no estaba allí?

Fue Charlie el primero que lo dijo:

—Chicos, ese tipo no ha vuelto a moverse. O está acurrucado, esperando, o intenta darnos esquinazo. Hay que asegurarse bien cazándolo por la espalda.

—¿De qué modo?

—Evans y yo nos quedaremos aquí. Cuando los nubarrones

pasen, veremos perfectamente toda esta zona y podremos batirle si es que está al descubierto. Vosotros dos tenéis que ir uno por cada lado, sin correr riesgos inútiles.

Es preciso ver el caballo por detrás.

—O.K.

Los dos se movieron silenciosos como serpientes, corriendo agazapados. Ni ellos veían a James ni James los vio a ellos.

Charlie aguzó los ojos.

Los nubarrones estaban a punto de pasar. La luna en cuarto menguante lo iluminaría todo con claridad unos segundos más tarde.

Maquinalmente, Charlie dijo:

—Ahora…

Cuando los rayos lunares iluminaron el campo, vio a James que corría frenéticamente hacia la zona pedregosa.

Charlie chascó la lengua y apretó dos veces el gatillo.

Vio a su enemigo lanzarse de cabeza y dar una auténtica vuelta de campana sin tocar el suelo. No supo si le había alcanzado o no. Pero vio que uno de sus hombres estaba muy cerca.

—¡Dale! —gritó.

El pistolero levantó el rifle, pero James disparó desde el suelo, sujetando el revólver con las dos manos. La distancia era apenas de doce pasos. El proyectil encontró en su camino una cabeza humana y la partió en dos mitades, mientras los otros tres hombres disparaban a la vez.

James notó un impacto en la cadera cuando volvía a saltar hacia la zona pedregosa. Supo que a partir de aquel momento ya no podría volver a saltar, por lo menos hasta que le extrajesen la bala. Notó el proyectil tan en su carne, rozando el hueso, que hubiera sido capaz de dibujarlo. Dominando su dolor, continuó con todas sus fuerzas aquel último salto, que le llevó a caer de cabeza entre dos rocas.

Éstas recibieron un nuevo trallazo del plomo y le enviaron esquirlas de piedra a la cara.

Con las facciones ensangrentadas, James resopló igual que un bisonte herido.

Había tenido éxito al alejarse del caballo, pero aquel éxito no le servía de nada. Sus enemigos seguían teniéndole localizado igual, y

además ahora con una bala que le impedía correr. La única ventaja consistía en que ahora sólo debía luchar contra tres hombres.

¿Y qué más daba? Con uno era suficiente para rematarle.

Quieto entre las rocas, esperó un largo minuto, intentando serenarse. Se daba cuenta de que ahora el pulso ya no le temblaba tanto. Necesitaba estar tranquilo porque ahora ya no podía arriesgarse a fallar nuevos disparos.

Pareció de pronto como si aquel pedazo de llanura se hubiese convertido en un cementerio.

Nadie se movía.

James alzó el rostro unas pulgadas y miró en torno.

Los nubarrones habían vuelto a tapar la luna. La oscuridad era compacta otra vez.

De pronto vio brillar el cañón de un rifle.

Ocho o diez pasos.

Contuvo la respiración, y de pronto el enemigo que se aproximaba lanzó un grito. Acababa de verle. Los dos apretaron el gatillo rabiosamente y casi a la vez.

A aquella distancia tuvo ventaja el arma corta. El atacante recibió un plomo en el corazón y cayó hacia atrás lanzando un grito, mientras James cambiaba de postura instantáneamente.

Localizándole por el fogonazo, los otros dos enemigos dispararon hacia aquel lugar. Pero James ya no estaba allí.

Vio también los fogonazos de sus enemigos.

No quiso responder a aquella distancia, que era demasiado larga para el revólver, pero se arrastró por entre las piedras dando un rodeo. Ahora la herida en la cadera le dolía horrorosamente. ¡Si pudiera llegar a los caballos! ¡Si pudiese al menos largarse de allí!

Veía vagamente los caballos de sus enemigos en una hondonada a su derecha. En circunstancias normales hubiera podido correr hacia ellos, pero ahora intentarlo sería una locura. Lo único que podía hacer era intentar engañarles.

Desde la pequeña elevación en que se encontraba dejó rodar unas piedras para que fueran hacia donde estaban los caballos. Charlie volvió la cabeza hacia allí, y como no podía guiarse por la vista se guió por el sonido.

—Ese buitre intenta llegar a los caballos. ¡Dale, Evans!

Los dos cribaron materialmente el terreno, disparando contra

todas las sombras. Sus fogonazos los delataron.

James, que estaba ahora a unos treinta metros, se puso de rodillas y apretó el gatillo dos veces. Charlie, alcanzado en la garganta, cayó lanzando un estertor agónico.

—¡Mal… di… to!

Evans, loco de terror, apretó el gatillo hasta agotar sus balas, dando tiempo a James a recargar el revólver.

James disparó otra vez y alcanzó a su enemigo, pero supo que no lo había alcanzado mortalmente. Evans estaba herido tan sólo, aunque quizá de gravedad.

Lo vio correr hacia abajo, hacia donde estaban los caballos.

Ahora todas las ventajas estaban de parte de James.

Desde un punto ligeramente elevado, con la luna otra vez sobre el horizonte, tenía a su enemigo de espaldas y lo veía con toda claridad. Le bastaba apretar el gatillo una vez para enviarlo al infierno.

Pero parecía evidente que aquel hombre sólo pensaba en huir. James comprendió que lo noble y hasta lo lógico consistía en dejarle llegar hasta su caballo y largarse, puesto que ningún mal podía causarle ya. Pero no supo ver que las intenciones del herido eran muy otras.

Éste no intentó alcanzar ningún caballo. Lo único que hizo fue desatarlos con dos rápidos movimientos y disparar al aire.

Los caballos, irritados y llenos de pánico, salieron galopando en todas direcciones. El herido ni siquiera intentó alcanzar uno. Se quedó quieto allí, con el revólver humeante y sin ninguna bala en el cilindro.

James aulló:

—¿Pero qué has hecho? Pedazo de imbécil. ¿En qué piensas?

Dominando los insufribles dolores de su cadera, dejándose deslizar pendiente abajo como un fardo, James llegó hasta el lugar donde antes estuvieron los caballos y donde ahora estaba el herido. Éste, al llegar James a su altura, cayó pesadamente a tierra.

James le miró desde arriba, con el revólver amartillado, dándose cuenta de que los ojos de aquel hombre se estaban volviendo vidriosos.

—¿Pero qué has hecho? —repitió—. Tenías una oportunidad…

Evans rió otra vez, mientras gruesos hilos de sangre escapaban a

raudales de su boca.

—Vamos a morir los dos, Cat Bill.

—¿Sabes quién soy?

—Te vimos… cuando llegaste al Banco. Nos enteramos de que habías sacado dinero e imaginamos la jugada… que te traías entre manos… ¡Maldita sea! Todo falló… porque ese imbécil de Charlie no supo acertarte con la primera bala en mitad de la cabeza.

—¿De modo que queríais robarme?

—Hombre…, no del todo. Te hubiéramos dejado diez dólares… para que alguien se molestase en comprarte un ataúd. —Pero tú has podido huir… ¿Por qué no lo has hecho?

—Yo entiendo de balas… tanto como tú. Sé que estoy condenado… No hubiera llegado lejos… y así…, así te quedas sin caballos. No puedes andar. ¡Reventarás como un perro!

Evans intentó decir algo más, pero le faltaron las fuerzas. Otra gruesa bocanada de sangre ensució la tierra, y el pistolero, doblándose trágicamente, dejó de respirar.

—Reventar como un perro… —gruñó James—. ¡Vaya modo de despedirse del mundo ha tenido este tío! ¡Buen regalo me deja!

La cadera le falló y él mismo cayó también a tierra.

Conteniendo un gemido, se dio cuenta de que ya no podría moverse de allí y de que podían pasar días sin que a nadie se le ocurriera acercarse por los contornos.

Era el fin.

Capítulo IX

Existían muchas rutas concurridas en la comarca. Rutas por las que pasaban las caravanas y por las que los viajeros aislados pasaban continuamente, por ser más seguras.

Pero James, intencionadamente, se había colocado fuera de esas rutas. No deseaba encontrar a nadie durante su huida, y el camino frecuentado más cercano pasaba a unas diez millas de allí.

James pensó en eso con angustia, mientras se deslizaba por el suelo para apoyarse en una piedra y encontrar una posición más cómoda.

Necesitaba que le descansase la cadera herida, y necesitaba además estar algo más alejado del cadáver, sobre el que no tardarían en sobrevolar los buitres.

Queriendo no pensar en lo que le aguardaba, buscó en sus bolsillos un cigarro con el cual distraerse. Pero no lo encontró. Ni siquiera eso tenía.

Pensó con ironía que podía quemar los billetes. Tenía en los bolsillos una verdadera montaña de dólares, pero esos billetes no le servían para apagar el hambre ni la sed.

James se dijo que, en cierto modo, estaba teniendo un castigo bien digno.

Se preguntó si, disparando al aire, tenía posibilidades de ser oído. Pero tuvo que reconocer que no. En todo caso, si alguien le oía sería por pura casualidad. Posiblemente algún lobo solitario como él, que tendría buenos motivos para buscar pasar inadvertido y no querer líos.

De todos modos hizo varios disparos al aire. Cuando hubo agotado la última bala, se dijo que ya había hecho todo lo que estaba en su mano. Luego intentó arrastrarse de nuevo, pero la

cadera le dolía cada vez más. Era aquella maldita herida lo que le mantenía prisionero como si estuviese en una celda.

Una progresiva debilidad se fue apoderando de él. Se dio cuenta de que estaba perdiendo mucha sangre. Con un pañuelo se taponó la herida y esperó un buen rato. Se dio cuenta de que la hemorragia cesaba, pero su debilidad no hizo sino ir en aumento. Notó que los ojos se le cerraban.

Hizo angustiosos esfuerzos para no dormirse. Pensó que, si quedaba quieto, tal vez le atacarían los buitres.

«Mañana sólo encontrarán mis huesos… —pensó maquinalmente —. Mis huesos rodeados de una montaña de dólares…». Hizo un último esfuerzo por mantenerse despierto y no consiguió nada. Al fin se durmió, con la cabeza apoyada en una roca y manteniendo aún en la derecha el revólver descargado.

Tuvo la sensación de que oía batir de alas encima de su cabeza. Intentó decirse que los buitres no llegarían hasta la salida del sol. Hizo un nuevo esfuerzo por abrir los ojos y no lo consiguió.

Al fin una sensación cálida llegó a sus párpados. Intentó alzarlos al pensar que había llegado el nuevo día. Aquella sensación cálida sólo podía ser causada por los rayos del sol.

De pronto la sensación cálida cesó. Cesó tan bruscamente que James se dio cuenta de que sólo podía obedecer a una cosa: Entre el sol y él se había interpuesto una figura que proyectaba su sombra.

Alguien le estaba mirando.

A James aún le costaba abrir los ojos. Musitó con voz cargada de indiferencia:

—¿Por qué no dispara de una vez? Estoy forrado de dólares. ¿No es eso lo que busca?

Una voz femenina dijo frente a él:

—¿Puedes levantarte?

James casi dio un brinco. La sorpresa le hizo abrir los ojos. Tuvo que cerrarlos casi al instante, pero ya había visto frente a él una figura femenina.

Era Hada, la loba del rancho.

—¿Qué haces aquí?

—Estás herido, James.

—¿Y qué?

—Te he preguntado si puedes levantarte.

—Supongo que no. Tengo la sensación de que la cadera se me ha convertido en piedra.

—Intentaré ayudarte.

La muchacha saltó del caballo y se acercó a él. Iba ahora vestida con ropas masculinas, y sus espuelas tintineaban suavemente.

—Esto es una carnicería —musitó—. He contado cuatro muertos…

—Y yo pronto les hubiera hecho compañía de no ser por ti. ¿Por qué infiernos has venido?

—Supuse que me necesitarías. Fue como si me guiara el instinto.

—¿Pero cómo has podido llegar hasta aquí?

—Una mujer acostumbrada a vivir entre caballos sabe seguir las marcas que dejan los cascos. Las tuyas se adentraban claramente por caminos solitarios. He podido verlas esta mañana, apenas ha salido el sol.

Fue a ayudar a James, pero éste se incorporó trabajosamente y por sus propias fuerzas, no queriendo consentir que le ayudara una mujer. Parecía mentira, pero el sueño de varias horas, lejos de hundirle para siempre, le había hecho recuperar parte de sus fuerzas.

—Traigo un caballo —susurró ella—. ¿Podrás montar?

—Con un poco de suerte, sí.

—Espera, te ayudaré.

—No hace falta.

Haciendo fuerza con los brazos, pudo llegar hasta la silla de montar. Ella lo hizo a continuación, ayudada, por el hombre.

James dirigió al cielo una mirada circular. Por encima de la línea del horizonte empezaban a verse unos puntitos negros que no podían ser sino los primeros buitres.

—Vámonos de aquí —dijo Hada nerviosamente—. Vamos…

—Muy bien. ¿Pero adonde?

Ella parecía indecisa. James añadió:

—Lo mejor que puedes hacer es tomar mis dólares y largarte. Un tipo con un plomo en la cadera es muy mala compañía. Llamaremos la atención en todas partes y acabarán echándonos el guante. No quieras correr mi suerte, preciosa. Tienes la fortuna al alcance de la mano.

Además…

—¿Además qué…?

—La más inmediata población está a cuarenta millas, y yo me desangraré si tengo que recorrerlas a caballo.

Necesito un médico cuanto antes. Ya ves que no vale la pena seguir con esto. El único lugar cercano donde podría ser atendido es rancho Key y…

—A rancho Key vamos precisamente.

James por poco dio un brinco sobre la silla.

—¿Qué dices?

—Allí nadie se ha dado cuenta de nada todavía. No saben quién eres. Puedes presentarte, decir que quisiste dar un paseo nocturno y tuviste un mal encuentro. Con eso bastará.

—No son idiotas. Se darán cuenta enseguida de que soy un pájaro de cuenta.

—¿Por qué? Tú no puedes imaginar hasta qué punto Sally es una chica ingenua e incapaz de pensar mal. Creerá lo que tú le digas, de modo que… volveremos allí.

James fue a protestar, negándose, pero en ese momento las fuerzas volvieron a fallarle y perdió el conocimiento.

Si Hada no llega a sujetarle, hubiera caído rodando desde la silla.

CAPÍTULO X

Cat Bill volvió a recuperar el conocimiento cuando estaban llegando ya a rancho Key. Se dio cuenta de que Hada le sujetaba con el brazo derecho, mientras la mano izquierda sujetaba las riendas del caballo, con el que avanzaban a poca velocidad.

—Por favor, suéltame.

—¿Crees que podrás mantenerte derecho?

—He de hacerlo. No puedo deberle tantas cosas a una sola mujer.

—A mí no me debes nada. Me salvaste la vida una vez, ¿no? Lo único que hago es quedar en paz contigo.

James llevó lentamente la mano a uno de sus bolsillos.

—Oye…

—¿Qué?

—Vas a tener que aceptarme cinco mil dólares. Son para que busques un buen abogado a tu padre. Obtendrá la revisión del proceso y quizá la condena le sea conmutada.

Deben tener en cuenta que no fue más que un pobre ser maltratado por el destino. Pero si nadie se preocupa de demostrarlo, le ahorcarán.

La mano derecha de Hada tembló cuando en ella fue depositado el crujiente fajo de billetes.

—Eso no es justo, James. El dinero no es tuyo ni mío.

—No te preocupes, esta noche he tenido una buena lección. Me he visto a mí mismo comiéndome el dinero que acababa de robar, y lo más curioso es que, mientras pensaba eso, me ha parecido que me lo tenía merecido una y cien veces. En aquella soledad me he dado cuenta de que los dólares no son siempre la mejor compañía. Devolveré este dinero, pero pienso que cinco mil machacantes bien

pueden emplearse en salvar una vida.

La mano izquierda de Hada seguía temblando al sentir el contacto de aquellos billetes. Al fin los guardó.

—Debo obrar enseguida —dijo en voz muy baja.

—Seguro. De lo contrario, el abogado empezará a moverse cuando ya hayan ahorcado a tu padre.

En aquel momento llegaban ya muy cerca del rancho.

Vieron que un vaquero que estaba junto a la puerta entraba apresuradamente. Unos instantes después aparecía de nuevo, ahora en compañía de Sally Key, que avanzó hacia ellos nerviosamente.

«No está herida… —pensó lejanamente James—. Aquello de la sangre era una tontería…». La expresión de Sally, cuando llegó junto a él, era ansiosa. —¿Qué ocurre, James? Has estado toda la noche fuera del rancho. ¿Qué ha sucedido?

—Nada importante, Sally.

—Pero te trae esa…

—¿Te refieres a Hada? A ella le debo la vida.

Trabajosamente, James descendió. No quiso aceptar la ayuda del vaquero que le tendía la mano.

—Gracias, amigo, pero esas manos son demasiado honradas para mí.

El vaquero no le entendió.

—¿Querrás explicarme lo que ha pasado, James? —preguntó Sally impacientemente—. ¡Llevas las ropas empapadas en sangre!

—Tuve un mal tropiezo.

—¿Pero por qué saliste del rancho?

—Quería dar una vuelta. No me era posible dormir y decidí montar a caballo. Pero dentro de unas horas estaré bien; sólo hará falta que un médico me cure esta herida.

Apoyado en el vaquero, caminaba hacia la puerta de la casa. Sally iba a su lado. Hada, quizá por timidez, por no considerarse digna de ir junto a la heredera del rancho, se había retirado discretamente hacia las cuadras.

Una vez en su habitación, James se sentó en el lecho.

—Enseguida traeré al médico —dijo Sally.

—También quisiera… pedirte una cosa.

—Pídela, cariño.

—Quisiera ver… al banquero Burton.

—¿Al banquero? ¿Y qué falta te hace ahora ver a un hombre así?

—He de hablar con él… Te ruego que me complazcas.

Es una cuestión de conciencia.

—Está bien, querido. Te complaceré.

—Noto… mucha quietud en el rancho. ¿Dónde está todo el mundo?

—Han salido para marcar el ganado. Todos, incluso mi padre. Prácticamente estamos solos aquí.

Fue a salir, pero la voz de James la detuvo:

—Oye…

—¿Qué, cariño?

—Me siento avergonzado ante ti. Tuve la sensación, anoche, de que estabas herida, y sin embargo no hice nada por ayudarte.

Ella se mordió el labio inferior, deteniéndose de pronto.

—¿Que yo estaba… herida?

—Tenías una mancha de sangre bastante grande. Al retirarme vi que me había quedado manchada la manga.

—Pues debes estar equivocado. Nadie me había herido.

—Sí, ya lo veo.

—Quizá me manché de pintura y tú te confundiste.

Estamos pintando de rojo una de las buhardillas.

—¡Oh, no! Aquello era sangre, no pintura. La conozco bien, porque me han herido bastantes veces. Quizá se te acercó a ti alguien que estaba herido, alguien que forzosamente…

Apretó los labios, mientras parecía como si el mundo entero diese vueltas en torno suyo. Notó que los ojos de la mujer se habían oscurecido. Notó también que sus facciones se habían puesto tensas.

—¿Forzosamente qué…? —siguió ella.

Su voz era ronca.

—Nada, Sally. No me hagas caso.

—Tú has pensado algo.

—Pero los hombres, sobre todo cuando tenemos fiebre, pensamos muchas tonterías. Olvídalo.

—¡Tú has pensado algo y quiero que me lo digas!

James apenas entreabrió los labios para susurrar:

—Está bien… He pensado que alguien que estaba herido tuvo que abrazarte forzosamente. Abrazarte con mucha intensidad.

—¿E imaginas ya quién es?

—Puede.

—¡Habla!

—Anoche herí a un hombre —susurró James—. Un hombre muy bien vestido, con el que me desafié en un saloon. Supongo que era ése.

Ella avanzó dos pasos, mientras decía roncamente:

—Sí.

Y entonces sucedió lo increíble.

Fue algo asombroso, inesperado, pero que, sin embargo, a James no le sorprendió.

Sally extrajo un pequeño objeto metálico de su escote y se lo apretó al hombre contra la sien.

Un revólver.

CAPÍTULO XI

Era un pequeño «Derringer» de dos cañones y dos balas. Un arma trabajada en plata, muy adecuada para que la llevase oculta en el escote una deliciosa mujer.

James contuvo la respiración. Notaba tensos los músculos de la mano de Sally. Se dio cuenta ahora por primera vez de que ella tenía un temperamento firme, decidido y glacial. De que podía volarle la cabeza tranquilamente, sin un solo parpadeo.

Durante unos cortos segundos, pero que a ellos les parecieron increíblemente largos, se miraron al fondo de los ojos. El helado metal del revólver pareció llevar su frío hasta el fondo mismo de los nervios del hombre.

Luego éste susurró:

—Te has dado cuenta de que empezaba a ser peligroso, ¿verdad?

—Demasiado peligroso.

—¿Fue aquel hombre quien te besó?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Anoche mismo.

A James le parecía todo aquello tan increíble que seguía costándole trabajo respirar. Sin embargo, musitó:

—¿Quién era? O mejor dicho: ¿Quién es?

—Se llama Mortimer.

—Ahora que me dices su nombre creo recordarlo. Se trata de uno de los más elegantes pistoleros del Sur.

—Y de los más rápidos. Le venciste por casualidad.

—No lo niego, pero ¿qué hace aquí? Esto está muy lejos del campo normal de sus actividades.

—Vine para hacerse pasar por James Robinson.

El joven apretó los labios.

Sabía que, después de oír aquellas palabras, estaba irremediablemente condenado a muerte. En realidad Sally Key debía haberle condenado ya, desde el momento en que le hablaba con tanta claridad. Dentro de un minuto, de dos tal vez, le volaría la cabeza.

—Entonces… —dijo con un soplo de voz—, ¿fue él quien mató al verdadero James Robinson?

—No, no fue él.

—Entonces…

Sally apretó los labios bruscamente y luego los distendió en una sonrisa, una sonrisa que resultó más bien una mueca.

Dijo lentamente:

—¡Fui yo…!

El estremecimiento que empezó naciendo en los párpados de James se transmitió a todo su cuerpo. Fue como si el frío del cañón apoyado en su sien se transmitiese hasta su medula. Pero en realidad no fue aquello lo que sintió, sino el estremecimiento del asco, de la repulsión y del horror.

—Nunca te hubiera creído capaz de esto, Sally —dijo con un soplo de voz.

—¿Por qué no? ¿Crees que yo iba a casarme con un estúpido desconocido? Al fin y al cabo, James Robinson no era más que eso.

—Estabas enamorada de Mortimer, ¿no?

—¡Lo estoy aún!

—Claro. Por lo que veo, sois de la misma calaña…

La presión del revólver en la sien se hizo un poco más intensa.

—¿Quieres que te haga sufrir un poco antes de liquidarte, Cat Bill? ¿Quieres que me divierta y que la primera bala sea para tu rodilla?

—No es eso lo que me horroriza, Sally. Me horrorizas tú.

—Nunca lo hubieras creído, ¿verdad? ¡Qué poco conoces a cierta clase de mujeres! Yo estaba acostumbrada a vivir como una millonada, y el dinero del rancho ya no podía pagar mis caprichos. Mi padre y yo sabíamos bien que los tiempos habían cambiado, que ahora, para hacer producir el rancho había que invertir sumas de las que no disponíamos ya. El Banco local nos negaba su crédito. Pero eso a mí no me importaba. ¡Lo que yo quería era gastar

mucho, gastar a manos llenas! Mortimer me dio la idea de liquidar a Robinson cuando éste me escribió que llegaba con una carta de crédito.

—Y lo hiciste…

—Le di una cita lejos de aquí, con una excusa. Luego le disparé por la espalda y entre Mortimer y yo lo registramos bien; pero la carta de crédito no estaba.

Cat Bill apenas contuvo una sonrisa.

—Llegaba aparte, por medio de un jinete del *Pony Express*. Me enteré de eso por una indiscreción de un compañero suyo, y entonces se me ocurrió a mí el plan, sabiendo que, además, me parecía a Robinson y que el banquero de la ciudad, único que le conocía un poco, era miope como una ostra.

Entornó los ojos.

—Robé la carta al jinete sin que éste se diera cuenta y me presenté aquí. Pero yo no supuse que el verdadero Robinson estuviese muerto.

—Y la sorpresa me la diste a mí, pequeño imbécil… —dijo Sally con voz ronca—. Cuando te vi aparecer estuve a punto de desmayarme, pero supe seguir la corriente. Comprendí que lo principal era retenerte en el rancho, porque a Mortimer y a mí ya se nos ocurriría algún plan.

Dije a él que se quedara en la ciudad en espera de liquidarte cuando cobrases. Por eso, anoche, él te provocó intencionadamente, sabiendo que salías del Banco, pero tuvo mala suerte.

—Y a Mortimer lo ocultas aquí, ¿no?

—Claro…

—Tu falta de inteligencia me admira —dijo roncamente James —. Hubiera sido mucho más útil para tu ambición casarte con el auténtico Robinson y convertirte en la mujer de un banquero.

—Te he dicho que me gusta Mortimer. Además, con el dinero que tú llevas encima y que podemos considerar ya nuestro, pondremos un soberbio negocio en Nueva Orleáns, en la terminal de los buques de placer que hacen la ruta del Mississippi. Aquello será un torrente de oro.

—Te las prometes muy felices, ¿eh?

—Claro que sí, cariño, pichón mío, dulce amor de mi vida…

La voz de Sally era tan burlona que estremecía hasta el fondo de

los nervios del hombre.

—Pues conseguir esos dólares va a costarte trabajo —dijo roncamente éste.

—No, vida mía… Menos del que tú supones. Un trabajo muy sencillo, en todo caso: mover un poco el gatillo y volarte la cabeza.

Entrecerró los ojos y se dispuso a cumplir sus palabras. James adivinó el instante justo en que ella dispararía.

No tenía miedo a la muerte, pero en aquel preciso instante hubo algo que le hizo sentir horror. Hada moriría también. Sally pensaba, sin duda, que la loba del rancho sabía demasiado, y en cuanto le liquidase a él la mataría también a ella. Fue eso lo que hizo que todo su cuerpo se contrajera con una especie de espasmo, que todos sus músculos sufrieran el impacto de un latigazo de horror.

En aquel momento la puerta de la habitación se abrió y entró el elegante Mortimer.

Dijo, como si profiriese una maldición:

—¡Dale, Sally!

La mujer desvió durante unas brevísimas fracciones de segundo su mirada hacia la puerta. Fue una cosa casi instantánea, mientras se disponía a apretar el gatillo. Pero James movió la cabeza, bajo los efectos de aquel espasmo, y la bala sólo le rozó la sien.

Mortimer aulló:

—¡Cuidado!

James llevaba el revólver descargado y sabía que no iba a servirle de nada. Por consiguiente, hizo lo único que podía hacer, que fue lanzarse a tierra y cubrirse en parte con la cama. Sally, falta de experiencia ante aquellas situaciones, disparó demasiado pronto su segunda y última bala. El proyectil fue a empotrarse en el mueble, rozando también la cabeza de James.

Momentáneamente Sally había dejado de ser un peligro, pero quedaba el pistolero Mortimer. Y éste no era de los que se precipitan tontamente.

Sabiendo que su enemigo estaba desarmado, avanzó hacia él. Daba por descontado que Cat Bill no era de esa clase de cobardes que se refugian debajo de una cama.

Y James no se refugió, pero lo que hizo fue volcar el mueble con sus escasas fuerzas. La cama dio una vuelta en el aire y por poco alcanza a Mortimer. Éste disparó dos veces, más bien para

arrinconar a su enemigo. Sally, con el mismo objeto, intentó propinarle un culatazo.

La mano izquierda de James sujetó el pequeño «Derringer». Hubo de retorcer la muñeca de Sally sin demasiada consideración, pero no le quedaba otro recurso. Cuando tuvo el arma entre sus dedos la lanzó directamente a la cara de Mortimer. Éste aulló mientras tiraba rabiosamente, ciego de ira, y la muchacha daba un traspié queriendo enlazar por la cintura a James.

Éste volvió a arrojarse a tierra, y cayó antes que la muchacha. Notó como si un chorro de sangre saltase a su cara. Involuntariamente hizo un gesto de horror.

Fue al caer cuando se dio cuenta de que la cabeza de Sally había estallado en dos pedazos. Una de las balas de Mortimer debía haberle alcanzado cuando ella quiso derribarle atacando el punto más flaco del organismo de James: la herida de la cadera. Y las manos de la muchacha casi quedaron engarfiadas junto al rostro de James, que sintió como un frío horror, como una súbita repulsión y, sobre todo, una compasión infinita, invencible, una pena que le devoraba por aquella mujer que había cometido el más trágico error.

Pero aquellos momentos no eran para perderlos en pensamientos. Había que actuar, y James, mirando el cadáver, acababa de perder unos segundos preciosos. Se dio cuenta de ello cuando vio frente a él las piernas entreabiertas de Mortimer.

Éste estaba ciego de ira. La mano con que empuñaba el revólver temblaba ostensiblemente.

James le miró al fondo de los ojos. En sus párpados no hubo ni un movimiento. Sus labios no temblaron.

—No la he matado yo, sino tú —dijo roncamente—. Pero de todos modos soy yo el que debe pagar. Vamos… ¿por qué no disparas? ¿Por qué no me vuelas de una vez la cabeza como se la has volado a ella?

La clara referencia al cadáver que estaba a sus pies hizo palidecer a Mortimer. Sus dientes entrechocaron. Amartilló el revólver de nuevo mientras sonreía secamente.

—Con mucho gusto, amigo.

En ese instante sonó una detonación.

James, hundido en su propio estupor, dominado por el dolor de

su herida recién abierta, vio como entre nubes que la cabeza del pistolero saltaba en dos pedazos. Vio todo su cuerpo tambalearse, hendir el aire, convertirse en un guiñapo que de pronto caía a tierra blandamente…

Alzó la cabeza y miró hacia la puerta, donde flotaba una leve nubecilla de humo.

Detrás de esa nubecilla estaba la loba del rancho.

Estaba su cuerpo de diosa, sus labios rojos y temblorosos, su busto palpitante, sus ojos que estaban cargados de lágrimas…

Durante unos dramáticos instantes ninguno de los dos habló. Pareció como si el tiempo se hubiera detenido, como si ninguno de los dos fuera capaz de decir una palabra, de respirar, de vivir.

Ella habló al fin. Lo hizo con voz extrañamente ronca:

—Tenemos que irnos de aquí, James. ¿Puedes cabalgar?

—He… de hacerlo. ¿Quién hay en el rancho?

—Prácticamente nadie. Todo el mundo está marcando el ganado nuevo. Pero algunos grupos regresarán como máximo dentro de dos horas.

James se puso en pie trabajosamente. La cabeza le daba vueltas, pero se mantuvo erguido.

—¿Alguien ha sido testigo de lo sucedido aquí?

—Una sirvienta ha oído todas las palabras. Ella acreditará que tú no has matado a nadie, y aclarará las causas de la muerte de Sally. Yo…, yo me he llevado una gran sorpresa, James. Una terrible sorpresa… Pero nadie nos perseguirá por esto.

Caminando trabajosamente, James llegó hasta la puerta. Más allá, a la entrada de la casa, vio dos caballos ya ensillados.

Hada hizo un suave gesto.

—¿Podrás montar?

—Necesito hacerlo.

Un momento después trotaban a poca velocidad hacia la salida del rancho, camino de la población. James sabía que, mientras no corriesen demasiado, se sostendría en la silla.

Miró a Hada.

—Ahora sí que creo que te debo la vida, muchacha.

—Yo te debo a ti algo más. Te debo el haberme dado cuenta otra vez de que no soy un perro ni una loba, sino una mujer.

James bajó los ojos.

—No he hecho apenas nada por ti —dijo roncamente—. Pero si esta bala no termina conmigo, te prometo dedicar a hacerte feliz todos los días de mi existencia.

—Esa bala no podrá contigo, James. Inmediatamente va a verte un médico.

En efecto, al llegar a la ciudad, James fue a casa del doctor, mientras la muchacha se dirigía rectamente al despacho del abogado más prestigioso de la comarca. Mientras al hombre le era curada la herida, al menos para que pudiese continuar el viaje, Hada obtuvo la promesa, por parte del abogado, de que a su padre se le lograría una revisión de la sentencia. Serían muchos años de cárcel, sin duda, pero no iría a la horca.

Sólo con esta seguridad, Hada se sintió una de las mujeres más felices de la tierra.

Y una hora después, James y ella entraban en el Banco.

James Bill ya podía andar mejor, sobre todo a causa del duro vendaje que le ligaba los músculos de la cadera.

En cuanto a Hada, su rostro parecía haberse transformado, al saber que no ahorcarían a su padre.

El banquero Burton les recibió en su despacho.

—Hola, señor Riley.

—No soy el señor Riley. Soy James.

—Ah, pues creía que era el señor Riley. ¿De modo que es usted el señor James Robinson?

—Efectivamente. O, mejor dicho, según como se mire.

—A mí de mirar no me diga nada, amigo. Bueno, ¿por qué no se sienta, señor Robinson? ¿A qué debo el honor de su visita?

—Voy a estar solo un minuto aquí. Pero empezaré por decirle que no soy James Robinson.

—¿Ah, no? ¿Entonces quién lo es? ¿El caballero que le acompaña?

—El caballero que me acompaña es una mujer, y además, una mujer imponente.

—¡Caramba, pues sí que estoy mal de la vista! Yo, la verdad, sólo veo bien las cosas cuando voy al saloon y las chicas empiezan a enseñar las piernas. ¡Allí las ficho aunque estén en la última fila! Pero en mi despacho, nada. ¿De modo que usted no es el señor Riley ni tampoco el señor Robinson? Entonces, ¿quién diablos es?

—Soy Cat Bill.

—Mucho gusto, señor Cat Bill. ¡Pero qué mucho gusto! ¿Viene usted a abrir una cuenta corriente en este Banco?

—Por lo visto no me ha entendido. Soy un ladrón.

—Bueno… Je, je… Eso lo somos todos, amigo. ¡Si supiera lo que nos hinchamos de robar aquí! ¿Y a qué dice que debo el honor de su visita?

—Vengo a entregarle un cuarto de millón menos cinco mil dólares, por los que le traigo firmado un vale a reintegrar.

James puso los abultados fajos de billetes sobre la mesa y decidió no entretenerse más. A cada minuto que transcurría, aumentaba la sensación de peligro que sentía en su espalda.

El banquero palpó los billetes.

—Oiga, no acabo de entenderle…

—Ya me entenderá cuando hable con su cajero, amigo.

En cuanto a los cinco mil machacantes, se los devolveré antes de un año. Y ahora, buenos días, Burton. Es usted el banquero más simpático que he conocido.

Burton se acercó a ellos y puso animadamente una mano sobre las caderas de la chica.

—Bueno, señor Bill, encantado de conocerle… Ya sabe, nuestro establecimiento está a su disposición. ¡Caramba, qué buen aspecto tiene usted!

Hada tuvo que iniciar una retirada estratégica porque el banquero se animaba.

Cuando salieron de allí y montaron a caballo nuevamente, James no estaba ya seguro de si el banquero era el tipo más miope de la ciudad entera o, por el contrario, era el que tenía más vista.

Fue dos semanas más tarde cuando llegaron a aquel campo labrado donde se afanaban un hombre y una mujer jóvenes. Un niño de pocos meses tomaba el sol cerca de sus padres, en una rústica cuna.

Había algo en aquella sencilla estampa que llegaba al corazón, algo que enviaba a los ojos, sin que se supiese por qué, una oleada de ternura.

El hombre que labraba la tierra alzó los ojos al ver acercarse a los dos jinetes.

Sus labios se ensancharon en una sonrisa de alegría.

—¡Diantre, James, viejo buitre! ¿A qué vienes tú aquí?

—A conocer a tu mujer y a tu hijo, Milton. No era lógico que el chiquillo no conociera a su tío, el honorable sinvergüenza James… Y al mismo tiempo quiero presentarte a mi esposa.

Los ojos de Milton fueron hacia el rostro de Hada.

Eran unos ojos nobles, limpios, que atravesaban sin ofender.

Hada se sintió como reconfortada, como acompañada por ellos. Y se dio cuenta de que la mirada de la otra mujer también era clara y limpia.

Una dulce sensación de plenitud, de hogar, le llegó hasta el alma. Su boca también se entreabrió en una sonrisa.

—Hola, Milton —susurró—. Tu hermano me había hablado mucho de ti. Yo me llamo Hada.

—Y yo Ketty —dijo la otra mujer—. Al pequeño le hemos puesto James, como al tunante de su tío…

Por primera vez Cat Bill sintió que las lágrimas asomaban a sus ojos. Pero lo disimuló.

—¿Podemos quedarnos, Milton? —dijo suavemente—. ¿Caben en tus tierras dos personas de paz?

Milton hizo más amplia su sonrisa. Miró por unos instantes al cielo y musitó:

—Tú cabes siempre, James. Bienvenidos a casa.

Hada vio los edificios limpios, sencillos, pero pulcros y ordenados del pequeño rancho, y de pronto se sintió la mujer más feliz, más digna, más envidiable del mundo entero. Pero, cosa extraña, lo único que sintió en ese maravilloso momento, fue unos deseos terribles de llorar.

Ya nunca más sería la loba del rancho. Ahora era la esposa de un hombre llamado James Bill.

FIN